

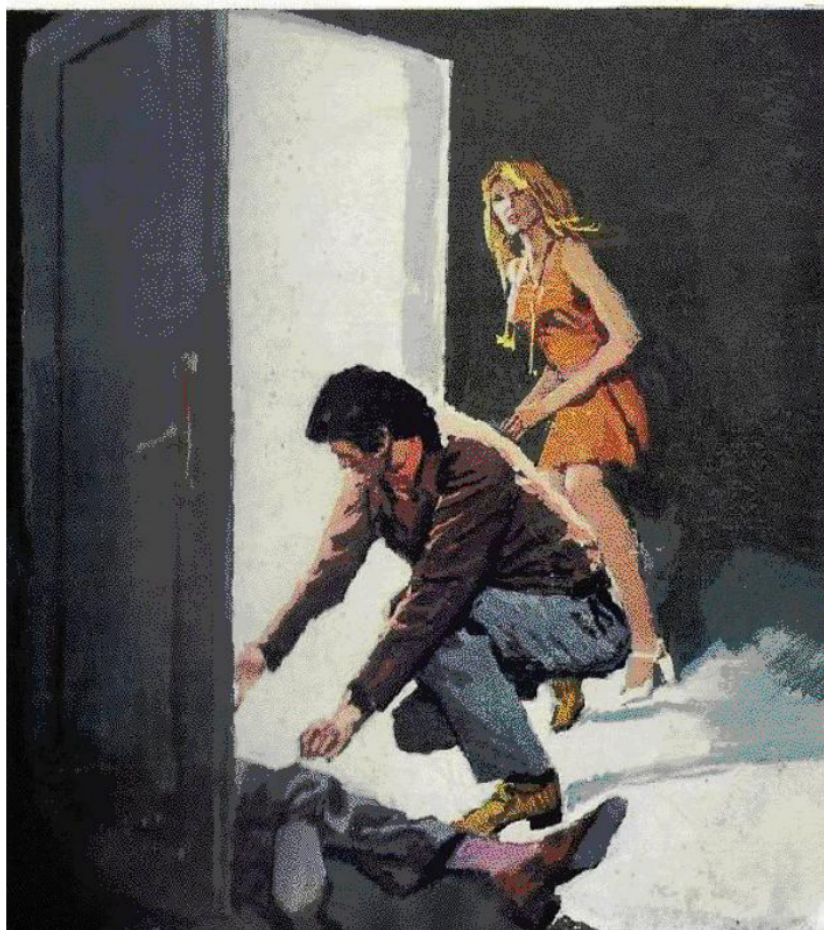
BOX SETS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

SIETE MUERTOS PARA SIETE VIUDAS

Clark Carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

**SIETE MUERTOS
PARA SIETE VIUDAS**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 783
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 6.350 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1977

© Clark Carrados, 1977

texto

© Desilo - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.529. — Barreras de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.386. — El negro manto de la muerte.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.508. — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

978. — El jinete de fuego.

En Colección BRAVO OESTE:

526. — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

778. — Festín para ratas hambrientas.

En Colección COLORADO:

1.017. — Carrera por un millón.

CAPÍTULO PRIMERO

El anciano caminaba muy despacio a lo largo del alfombrado pasillo del hotel, apoyándose en un bastón de ébano, para sustituir en lo posible la escasa fuerza de sus gastadas piernas. Tenía el pelo completamente blanco y en el frondoso bigote no había una sola hebra negra o de color. Usaba lentes con cerco de oro y, de vez en cuando, se detenía para emitir una tos cascada, que denotaba el mal estado de su aparato respiratorio.

De pronto, un camarero, que empujaba un carrito de mano, se cruzó con el anciano. Él camarero oyó un desfallecido «¡ay!» y, solícito, se detuvo un instante.

—¿Le sucede algo, señor? —preguntó.

—No... no me encuentro bien... Los años, hijo, los años no perdonan.

El anciano vaciló de pronto y el camarero se precipitó a sostenerle, olvidándose por unos instantes del carrito de mano en el que iba un desayuno. Para cualquier espectador que no supiera lo que pasaba, había allí dos hombres que forcejeaban, pero, de pronto, uno de ellos flaqueó y el otro se apresuró a sostenerle.

El que flaqueaba era el camarero. La fuerza y el vigor volvieron repentinamente a los músculos del anciano. Segundos más tarde, los dos hombres desaparecían en el interior de un cuarto destinado a guardar ropa para las habitaciones de aquella planta del hotel.

Cinco minutos más tarde, el camarero volvía a salir y empujaba el carrito hasta la puerta de la habitación señalada con el número 822. Llamó con los enguantados nudillos, pero, al no percibir respuesta, abrió, entró con el carrito, cerró a sus espaldas y echó el seguro del pestillo.

Acto seguido el camarero se entregó a una serie de frenéticas operaciones, que culminaron cuando encontró un joyero repleto de pulseras, collares y sortijas de todas clases y sin que en la

composición de tales joyas hubiera absolutamente nada de bisutería.

Estaba terminando de vaciar el joyero cuando, de repente, oyó una voz de mujer a pocos pasos de distancia:

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

El camarero se volvió. Delante de él había una mujer alta, de opulenta figura, vestida solamente con una toalla de baño enrollada al cuerpo y sujeta con una mano, cuya rojiza cabellera estaba envuelta en otra toalla algo menor. La toalla grande era corta y no llegaba a las piernas lo cual dejaba a la vista unas pantorrillas bien torneadas. Los pies estaban metidos en unas aparatosas chinelas de alto tacón.

—Robando, señora —contestó el camarero con todo desparpajo—. ¿Es que no se ve?

—¡Oh! —exclamó ella—. ¡Qué desvergüenza! ¡Ahora mismo iré a llamar a la policía...!

Bajo su disfraz de camarero, Mike Thomas continuó su «trabajo» sin inmutarse. Ella había pasado a la sala contigua y acababa de levantar el teléfono.

—No se moleste, señora Dow; he cortado el hilo —dijo, mientras terminaba de guardarse las últimas joyas.

Sheila Dow, muy furiosa, corrió al dormitorio.

—Todavía me queda un recurso —dijo.

Abrió el cajón de una consola y sacó una pistolita niquelada, con cachas de marfil y calibre 32.

—Levante las manos —ordenó.

—Está descargada; yo me ocupé de ello mientras usted se bañaba.

Sheila apretó el gatillo, pero sólo se oyó un leve «click». Atónita, aflojó la presión de su brazo izquierdo y la toalla grande cayó al suelo.

Thomas sonrió ampliamente.

—Un espectáculo maravilloso, si se me permite expresarlo —dijo.

Roja como una guinda, Sheila se agachó para cubrir de nuevo el cuerpo que, durante unos segundos, había quedado completamente al descubierto. Al erguirse, vio que el ladrón avanzaba hacia ella.

—No lamente la pérdida de sus joyas, señora —dijo—. Aparte de

que están aseguradas, usted posee otras joyas que valen infinitamente más que todas las piedras preciosas del mundo.

—Oh... Apostaría algo a que tengo delante a un ladrón de guante blanco...

Thomas enseñó sus manos.

—Si lo dice por los del camarero, sí —admitió con una ligera carcajada—. Pero me hubiera gustado robarle más otra cosa.

Sheila empezó a variar de actitud.

—¿Sí, dígame? ¿Cuál?

Thomas se apoderó de la mano derecha de la pelirroja y depositó en ella un ardiente beso.

—Tal vez otro día se lo diga en una conversación mucho más íntima y con menos prisas por mi parte, señora Dow.

Sheila se sentía desconcertada y halagada a su vez. El hombre que tenía frente a sí era, de buena estatura, delgado pero atlético, con ojos muy azules y un atractivo mostacho rubio. Era un ladrón, ciertamente, pero no se podía negar que también era un hombre muy guapo y lleno de cortesía.

Los labios de Thomas recorrieron la aterciopelada piel femenina, desde la mano hasta el hueco del codo. Sheila sintió un ligero estremecimiento.

—Por favor...

El ladrón sostenía su mano con la derecha. La izquierda de Mike Thomas se alzó de pronto. Un chorrito de vapor salió de la manga del uniforme de camarero. Sheila empezó a verlo todo turbio.

Vagamente sintió que la llevaban en volandas hasta el lecho. Después perdió el conocimiento.

Cinco minutos más tarde, un apuesto joven, de unos veintiocho o treinta años de edad, salía de la *suite*.

Thomas se había quitado las lentillas azules y el bigote rubio. Dada la temporada veraniega, vestía una simple playera, pantalones y sandalias sin calcetines. El uniforme del camarero había quedado en la habitación de la señora Dow, junto con la bolsa en la que había llevado los otros ropajes y que había entrado con él en el carrito del desayuno.

Un cuarto de hora más tarde, el camarero empezó a dar patadas en el cuarto de la ropa. No tardó alguien en oírle y, a los pocos minutos, ya se había dado la alarma en el hotel.

Lanzando una alegre carcajada, Mike Thomas aflojó los cordones de la bolsa de terciopelo negro y volcó su contenido sobre la mesa, junto a la cual se hallaba un viejo conocido suyo.

—¿Qué te parece, Denis?

Denis Holmes, cincuenta y tantos años, calvo y con lentes, examinó críticamente el centelleante montón de joyas que tenía a la vista. Cogió una sortija con dos dedos y la estudió con la ayuda de una potente lupa.

—El diamante es perfecto. Cinco kilates al menos —evaluó.

—Al peso, había casi cuatrocientos gramos de joyas. Esa mujer se adorna más que un elefante sagrado.

—Tiene dinero, Mike —dijo Holmes, filósofo.

—Claro, no voy a robar al pobre de la esquina —dijo Thomas alegremente—. Bien, ¿cuánto me puedes dar por el momento?

—Estás «limpio», ¿eh?

—Bueno, mis finanzas no andan demasiado boyantes. Pero tampoco te apremio, si ahora no dispones de numerario...

—Puedo darte diez mil en el acto. —Holmes cogió una pulsera y la situó bajo la lupa—. Tendré que desmontar todas las piedras preciosas y partir unos cuantos diamantes y tallarlos de nuevo, Mike. Sí, aquí hay unos trescientos mil dólares en joyas, pero cuando acabe, valdrán, como mucho, la mitad o menos.

—Aun así, tú ganarás la mitad de esa mitad. Pero me conformo con los diez mil para ir tirando. Así podré estudiar cómodamente mi próximo golpe.

—Es probable que su próximo golpe resulte mejor que éste —sonó de repente una voz en la estancia—. Caballeros, por favor miren lo que tengo en la mano derecha.

Llenos de asombro, Thomas y Holmes se volvieron hacia la puerta del despacho. Una mujer, vestida increíblemente, avanzó hacia la mesa.

—Estuve por la mañana en la *suite* de la señora Dow, viendo su magnífica forma de operar, señor Thomas —dijo la desconocida—. Confieso que se me adelantó, pero cuando comprendí sus intenciones, preferí esperar a la noche.

Thomas se sentía sin habla. La desconocida parecía joven y muy hermosa, a juzgar por el traje negro, de una sola pieza, que enfundaba un cuerpo escultural. Los zapatos, de medio tacón,

parecían formar parte del traje, el cual se prolongaba, por la parte superior, en una capucha también muy ceñida que llegaba hasta la nariz, dejando solamente dos aberturas para los ojos y otra, algo mayor, para la boca, de labios rojos y trazado generoso. La segunda abertura dejaba también libre parte del mentón, pero, por lo demás, no se podía apreciar ningún otro rasgo fisonómico, ni siquiera el color del pelo.

La mujer de negro movió el brillante revólver que tenía en su mano.

—Pongan las joyas en la bolsa y aprieten los cordones —ordenó—. Por favor, no hagan ningún movimiento sospechoso; sentiría muchísimo tener que apretar el gatillo..., pero lo haría sin vacilar, créanme.

—Una forma muy original de buscar cien años de perdón —dijo Thomas resignadamente, mientras obedecía el mandato de la desconocida.

—Busco algo más, pero, claro, no se lo voy a decir a usted. Ah, cuando esté llena la bolsa, déjela sobre la mesa y apártese a prudente distancia. No se le ocurra tirármela a la cara, señor Thomas.

—Denis, sabe mi nombre —dijo el joven.

Holmes hizo un gesto con ambas manos.

—Parece una chica lista —observó.

—Lo soy —dijo ella con desenvoltura—. El señor Thomas se me anticipó en un par de minutos escasamente, pero entonces se me ocurrió que si yo intervenía, podría producirse algún conflicto. Lo mejor era venir aquí, por la noche.

—¿Eso significa que usted conocí?...

—Le vengo siguiendo desde hace algún tiempo —contestó la desconocida.

Las joyas estaban ya dentro del bolso de terciopelo. Thomas se apartó de la mesa.

—Yo tengo otros motivos más poderosos que los suyos, señor Thomas —añadió la mujer vestida de negro—. Lamento haberle estropeado un buen negocio, créame, pero a mí no me importan tanto las joyas como...

Ella dio unos cuantos pasos hacia atrás.

—No quiero seguir hablando. ¡Adiós! —se despidió

bruscamente.

Instantes después, los dos hombres se quedaban solos. Thomas saltó hacia la puerta, pero la encontró cerrada con llave por el exterior.

—Denis, ¿de dónde ha salido esa fulana? —preguntó, sumamente irritado.

Holmes se reclinó en su sillón y empezó a acariciarse la barbilla.

—Estoy pensando...

Thomas se volvió hacia él.

—Estás pensando en que, a fin de cuentas, tú no pierdes nada, porque nada habías ganado. Pero yo tenía casi una libra de joyas —dijo, muy molesto por el despojo de que había sido objeto.

Holmes levantó una mano.

—Aguarda un momento —pidió—. Esas joyas pertenecían a Sheila Dow, ¿no es cierto?

—Sí. Yo mismo la he visto y he hablado con ella esta mañana...

—¿No te recuerda nada el nombre de Dow?

—Denis, ¿por qué no hablas claro de una maldita vez? —exclamó Thomas, exasperado.

—Esa chica, porque lo es, no hay más que verle la boca, el mentón y la figura, esa chica, repito, dijo que tenía motivos más poderosos que el despojar de sus joyas a una ricachona. Y yo acabo de recordar de pronto la matanza de los siete.

—La matanza de los siete —repitió Thomas—. ¿Te refieres a aquellos siete gángsters de Chicago, muertos el día de San Valentín, por sicarios de Al Capone?

—No, hombre, no. Estoy hablando de los siete tipos que murieron hace algunos meses, todos ellos hombres de negocios, riquísimos, que dejaron, por tanto, siete viudas riquísimas, algunas de ellas en todos los sentidos de la palabra. Una de esas viudas ricas es precisamente Sheila Dow.

Thomas recordó el instante en que a Sheila se le había caído la toalla y sonrió.

—Sí, está riquísima —convino—. Pero ¿quién los asesinó?

—No hubo asesinato. Los forenses certificaron la muerte por ingestión de alimentos en malas condiciones. Siete hombres se reunieron en una residencia privada, para hablar de sus negocios y amanecieron muertos.

—Bien, pero no entiendo qué tiene que ver la chica de negro con esas muertes —dijo Thomas.

—No lo sé. Se me ha ocurrido de repente, al recordar lo que ha dicho. Pero quizá sea porque tiene motivos particulares contra Sheila Dow. Mike, tú mismo has dicho que Sheila es una mujer despampanante.

—Guapísima, Denis —contestó el joven con los ojos en blanco.

—Lo sé, pero ten cuidado. Ella ya no cumplirá los treinta y quizá esté más cerca de los cuarenta, pero, aunque parece una jovencita, tiene una enorme experiencia. En todos los aspectos.

—De todas formas, me gustaría más encontrarme con la ladrona. Me ha dejado con un palmo de narices, Denis.

Holmes se echó a reír.

—Antes habías hablado de un buen golpe —dijo—. Te prestaré cinco mil para que vayas tirando.

—Gracias, Denis, eres un buen amigo.

Un cuarto de hora más tarde, Thomas abandonaba la casa donde Holmes tenía un negocio legal de joyería y otro, menos legal, pero que sólo ejercía con personas de absoluta confianza.

Thomas se preguntó, muy intrigado, dónde y cómo podría encontrar a la ladrona. Tenía que ser, a la fuerza, una mujer muy hermosa, pero lo peor de todo era que no tenía el menor indicio que le permitiera identificar su personalidad y localizarla.

CAPÍTULO II

Antes de salir de su casa, Mark Jannsen miró a derecha e izquierda con ojos llenos de aprensión. La calle estaba desierta en aquellos momentos.

El barrio en que vivía Jannsen era un suburbio tranquilo, con casas de uno o dos pisos y todas ellas con su jardín. Muchas disponían incluso de piscina. Jannsen se hubiera quedado aquella noche en su casa, pero una llamada telefónica le había obligado a salir.

Jannsen se tranquilizó. ¿Por qué iba a tener miedo de nadie? Todo aparecía tranquilo, en calma...

Abrió la portezuela de su coche y se sentó tras el volante. En el mismo instante, notó la presencia de una persona a sus espaldas.

Jannsen empezó a volverse, pero no tuvo tiempo. Algo golpeó su nuca con tremenda fuerza. Jannsen no llegó a saber que se trataba de una bala calibre treinta y ocho.

Nadie oyó el disparo. El arma estaba provista de silenciador, Jannsen cayó a un lado en el asiento, manchando con su sangre el tapizado.

Así lo encontró horas más tarde un policía que hacía la ronda en el auto de patrulla. La puerta del coche de Jannsen estaba entreabierta y el agente sospechó algo. Entonces fue cuando vio el cadáver.

Taconeando vivamente, Sheila Dow entró en su apartamento y se dirigió al dormitorio. El bolso y la estola de pieles quedaron a un lado, en el salón. Ella fue al dormitorio y se cambió de ropa rápidamente.

Minutos después, vestida con un suntuoso salto de cama, de color regresaba a la sala. Entonces vio al hombre parado junto a la futurista barra, preparando dos cócteles.

—¿Quién es usted? —preguntó Sheila—. ¿Qué hace aquí?

Thomas sonrió, a la vez que le entregaba una copa.

—Voy a convertirme en su esclavo, señora Dow —dijo—. Tengo que pagarle lo que le robé hace algunas noches.

Sheila arqueó las cejas.

—Usted...

—Sí, soy el anciano que engañó al camarero y el joven de los ojos azules y el bigote rubio.

—Un ladrón —calificó ella.

—Lo admito humildemente, señora.

Sheila fue hacia el teléfono, pero se detuvo.

—Ha cortado el hilo —adivinó.

Thomas se llevó la copa a los labios.

—En mi oficio, es una precaución lógica —dijo—. Como los guantes de cirujano que llevo puestos.

—Ya, las huellas dactilares.

—Exacto. Señora Dow, lamento decirle que no he venido a devolverle las joyas, aunque sí, quizá podría conseguirlo, si usted me ayudase.

—¡Qué desvergüenza! —se indignó Sheila—. Ahora vendrá a pedirme una suma por el rescate de algo que es mío...

Thomas meneó la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo hacer eso, simplemente, porque ya no tengo las joyas. Lo crea o no, me las robaron la misma noche.

Sheila se quedó atónita. Thomas se acercó a ella y le entregó una copa.

—Beba —invitó, persuasivo—. Y, por favor, créame, soy sincero. Esa misma noche me robaron las joyas.

De pronto, una extraña sonrisa apareció en los labios de la hermosa pelirroja.

—Casi me dan ganas de alegrarme, si no fuese porque yo soy la principal perjudicada —dijo.

—Puede reírse cuánto guste, señora; estaría en su derecho. Pero si estoy aquí es por dos motivos, uno de los cuales es solicitar su ayuda para la recuperación de las joyas. Si lo consigo, le prometo devolvérselas íntegramente.

—Parece que habla en serio —observó Sheila—. Está bien, adelante, señor...

—Llámeme Mike por ahora. Ah, antes de empezar, quiero decirle que lamento traer a su memoria malos recuerdos, pero que ello es indispensable para conseguir mi objetivo.

—¿Malos recuerdos?

—Sí, su marido murió hará algunos meses, casi un año, con, seis más.

—Fue algo horrible —musitó Sheila.

—Murieron siete hombres... ¿No se trataría de un asesinato?

—No. Los forenses dictaminaron categóricamente que la muerte se produjo por ingestión de alimentos en malas condiciones.

—He repasado los periódicos de aquellas fechas. Señora, francamente, yo no creo en la teoría de la muerte por accidente. Estoy seguro de que alguien los envenenó.

—Hubo un sospechoso, pero se le dejó en libertad por falta de pruebas, aparte de que, como digo, el informe de las autopsias resultó concluyente.

—¿Puedo conocer el nombre del sospechoso?

—Sí, se llamaba, o se llama, si es que aún vive, Henry Jarvis.

—¿Lo conocía usted?

—Desde luego, aunque no hablé demasiado con él. Era *general manager* de la sociedad de que formaba parte mi difunto esposo. Se le descubrieron algunos turbios manejos y fue despedido. Por eso, en un principio, se sospechó de él, ya que la sociedad estaba compuesta por los siete hombres que murieron aquella horrible noche.

—¿Sabía si tenía familia?

—Esposa y una hija. A ésta la vi un par de veces, muy bonita, por cierto. Se llama Opal. No sé qué ha sido de ella...

—Muchas gracias, señora Dow. Si consigo recuperar las joyas, se las devolveré íntegramente. Y no le pediré ninguna recompensa, créame.

Thomas dejó la copa sobre una mesita. Sheila dio un paso hacia adelante.

—Aguarde —exclamó—. Antes dijo que había venido a verme por dos motivos. Hasta ahora, sólo ha expresado uno de ellos. ¿Cuál es el otro?

Thomas emitió una brillante sonrisa.

—Tal vez el otro día me sentí demasiado osado, cuando le dije

que en la próxima ocasión me gustaría robarle algo más valioso que las joyas —dijo.

—¿Tengo yo algo más valioso que las joyas?

—Sí.

Thomas se acercó a la mujer. La *negligée* cayó al suelo. Sheila quedó solamente con el camisón.

—Usted vale más que todas las joyas del mundo —dijo él, mientras paseaba sus labios por la tersa piel del hombro izquierdo.

Sheila se estremeció ligeramente.

—Mike, voy a decirle una cosa —murmuró.

—Hable —contestó él, sin abandonar su agradable tarea.

—No me gusta que me acaricien con guantes.

—Oh, es cierto. La complaceré, señora Dow...

—Sheila, por favor —rogó ella con voz cálida, llena de insinuaciones.

El teléfono sonó repentinamente. Sheila rompió el abrazo y se sentó en la cama.

—¿Quién será a estas horas? —murmuró, enojada, mientras se atusaba la revuelta cabellera con una mano.

Thomas tiró del brazo de la mujer.

—Déjalo...

—Aguarda un momento —pidió ella—. No tenemos ninguna prisa; ni siquiera han dado las doce de la noche. ¿O te espera alguien?

—Nadie —rió Thomas.

El teléfono seguía sonando insistentemente. Sheila se puso una bata y corrió a la sala.

A los pocos segundos, Thomas oyó un grito. Iba a encender un cigarrillo, pero lo dejó, alarmado por lo que le parecía una mala noticia.

La voz de Sheila llegó distintamente hasta el dormitorio:

—¡Oh, Dios mío, qué desgracia tan horrible! Lo siento muchísimo, Joyce... Por supuesto, sí, iré ahora mismo...

Sheila apareció segundos más tarde muy demudada.

—Se trata de una buena amiga —dijo—. Iba a casarse y alguien ha asesinado de un tiro a su prometido. Debo ir a consolarla, Mike.

—Claro —contestó el joven—. No te preocupes; vístete y yo te

llevaré en mi coche hasta la casa de tu amiga.

—Pobre Joyce —se lamentó Sheila—. Ahora que parecía que iba a volver a ser feliz...

De pronto, se volvió hacia Thomas.

—Su esposo también murió la misma noche —dijo—. Se llamaba Rod Slattery.

Thomas asintió en silencio. Sí, el nombre correspondía a uno de los siete hombres de negocios muertos aquella noche trágica.

Media hora más tarde, Sheila se apeaba del coche frente a una casa en la que se veían algunas luces encendidas. Frente a la puerta había un policía de uniforme.

Sheila se inclinó un poco.

—¿Dónde puedo llamarte, Mike? —preguntó.

—Yo lo haré mañana —sonrió él—. Anda, ahora ocúpate de la señora Slattery.

Sheila le tiró un beso con la punta de los dedos. Luego echó a correr hacia el sendero que conducía a la puerta de la casa. Thomas la vio hablar brevemente con el policía de vigilancia. Segundos después, desaparecía de su vista.

Thomas soltó el freno y pisó el pedal de gas. Lástima, la noche se había presentado muy agradable.

Pero, en medio de todo, no había resultado desaprovechada. Aparte de haber comprobado que Sheila era una mujer de carácter ardiente y apasionado, tenía una pista, al fin, que podía conducirle a la recuperación de las joyas.

Por la mañana, mientras desayunaba, leyó el diario con la noticia del asesinato de Mark Jannsen, director adjunto de unos importantes laboratorios. Jannsen había sido muerto de un tiro en la cabeza, sin que se conocieran en apariencia los motivos del crimen, ya que, según todos los indicios, no se sabía de ningún enemigo personal.

La muerte de Jannsen no se debía tampoco al robo, puesto que no faltaba dinero en su billetera ni tampoco ninguno de sus objetos personales. La noticia incluía una breve declaración de la señora Slattery, prometida del difunto, quien había dicho que el crimen le resultaba absolutamente incomprensible y que Jannsen era un hombre bueno y que no tenía enemigos.

Thomas vio también una fotografía de la afligida señora Slattery.

Era una mujer muy hermosa, de otro estilo que Sheila y de una edad aproximada.

—No tardará en consolarse —dijo, un tanto cínico.

Joyce Slattery, como las otras seis viudas, había quedado bien situada económicamente. Joven todavía, hermosa y con dinero... El futuro resultaba fácilmente predecible.

Thomas asistió al entierro de Mark Jannsen, aunque, precavidamente, había hablado antes con Sheila.

—Por ahora creo que no conviene que nos vean juntos —dijo—. Además, tú estarás con Joyce, es tu deber.

—Bien, pero tú no conocías a Jannsen. ¿Por qué quieres asistir a la ceremonia?

A través del teléfono, Thomas soltó una risita.

—Preciosa, ¿has oído hablar alguna vez que el asesino suele acudir al lugar del crimen después de cometido?

—Pero Jannsen no murió en el cementerio...

—Era una especie de aproximación por metáfora. El asesino puede sentir la tentación de ver enterrar a su víctima.

—Oh, comprendo.

—Hay gentes que sienten cierto placer morboso en un entierro, sobre todo, si el muerto lo es por su culpa. Otra cosa, como nadie me vio cuando te dejaba en casa de Joyce, no hagas nada que indique a los demás que nos conocemos.

—Podrías disfrazarte...

—Prefiero ir con mi apariencia normal —dijo Thomas.

Un ataúd fue bajado a la tumba a las dos de la tarde. Mientras el pastor recitaba las últimas oraciones, Thomas, situado en un lugar discreto, estudió con detenimiento a todos los asistentes a la fúnebre ceremonia.

Había siete mujeres enlutadas. Dos de ellas sostenían a Joyce Slattery, que parecía profundamente apenada. Thomas apreció que de las siete mujeres, cuatro eran todavía muy apetecibles, incluida Sheila. Las otras tres eran ya de edad madura, lindando con la cincuentena.

Todas, según apreció igualmente, eran mujeres adineradas. Sólo dos de ellas habían conducido personalmente su coche: Sheila y otra a quien no conocía. Las demás habían ido en automóvil conducido por chófer particular.

«Gente rica, sí, señor».

Había algunos compañeros de trabajo del difunto. De pronto, Thomas vio a una mujer que estaba algo apartada del grupo principal.

Era una chica de unos veintitantos años, muy alta, delgada, pero con silueta de curvas inequívocamente femeninas, vestida con un traje oscuro. El pelo era castaño, corto, muy bien peinado. Thomas no pudo verle los ojos, porque los tenía cubiertos por unas gafas de aparatosa montura y cristales azulados.

El pelo corto y la silueta le hicieron presentir la identidad de la muchacha.

—Opal Jarvis —musitó.

Lo confirmó a la noche, cuando llamó a Sheila.

—Sí, era ella —dijo la señora Dow—. Pero no me explico qué podía hacer en el entierro de Jannsen. Que yo sepa, los Jarvis no tuvieron nunca la menor relación con el muerto.

—Eso es algo que ignoramos —contestó Thomas—. De todas formas, lo averiguaré muy pronto.

—¿Sospechas de Opal como la asesina de Jannsen?

—Dame algunos días y te lo diré.

—Bien, pero, mientras tanto, ¿por qué no vienes a robar algo? Thomas se echó a reír.

—Hoy tengo trabajo —contestó evasivamente.

CAPÍTULO III

Parecía un fantasma que se deslizase por las paredes en sombra. La mujer vestida de negro encontró al fin una ventana y se deslizó silenciosamente en el interior de la casa.

Media hora más tarde, había abierto una caja de caudales empotrada en la pared. Entonces, súbitamente, se encendió una luz.

Ella se volvió en el acto, a la vez que lanzaba un grito de sorpresa. Deslumbrada por el haz de rayos luminosos, trató de protegerse los ojos con un brazo.

—Esta vez, el que tiene la pistola soy yo, señorita Jarvis.

Thomas bajó un poco la linterna. La chica se enderezó.

—Ése no es mi nombre —protestó.

Sonó una risita. Thomas se acercó a ella, sin dejar de apuntarle con el arma. De súbito, alargó la mano y echó la capucha hacia atrás.

—Es Opal Jarvis —afirmó.

Ella suspiró.

—Está bien, lo admito —dijo—. ¿Cómo me ha sorprendido?

—Usted me vigiló a mí y yo la he vigilado a usted.

—¿Quiere devolverme la pelota?

—Quiero dos cosas. Primero: las joyas que me robó. Segundo, quiero saber por qué estaba hace unos días, en el cementerio, cuando enterraron a Jannsen.

—Sentía curiosidad, eso es todo —replicó la muchacha.

—La curiosidad del asesino que desea ver cómo entierran a su víctima, ¿eh?

—¡Yo no maté a Jannsen! Ni siquiera le conocía.

—Entonces, ¿por qué fue al cementerio?

—¿Es que no vio a las siete viudas?

—Oh, sí, es un espectáculo que no se ve a diario —sonrió Thomas—. Oiga, diríase que tiene usted un motivo especial contra

ellas.

—Lo tengo —admitió Opal sin inmutarse.

—Bien, explíquese.

—En cierto modo, no son motivos personales. No, no siento hacía ninguna de ellas la menor enemistad. Lo que pasa es que están disfrutando de algo que, en parte, me pertenece.

—No entiendo...

—Mi padre levantó la sociedad y la convirtió en una empresa floreciente, de una envergadura de muchísimos millones. Los siete socios le prometieron que un día él sería el socio número ocho. Luego no cumplieron su palabra. Cuando el negocio estuvo en marcha, lo despidieron, acusándolo falsamente de acciones ilegales.

—Desfalco.

—Sí, pero él no se llevó un solo centavo. Les hizo ganar millones y luego le dieron una patada en el trasero. Parte de ese capital es nuestro. Como no puedo ir al Banco donde ellas tienen su dinero, me llevo otras cosas de valor.

—A su padre lo acusaron en un principio de aquellas muertes...

—Pudo probar su inocencia concluyentemente. Si conoce el suceso, sabrá que los siete hombres de negocios murieron por ingestión de alimentos en malas condiciones.

—Ya tenían que estar pasados, ya —comentó Thomas cáusticamente—. Bien, si le parece, llévase las joyas de la señora Mac Payne, pero devuélvame las de la señora Dow.

—¡No, no lo haré...!

—Opal, sospecho que no tiene usted alternativa. —Thomas se cambió el revólver de mano—. Ahora voy a llamar a la policía. Después le daré un buen puñetazo y la dejaré sin sentido. La encontrarán aquí, con la caja abierta. Más tarde, la policía recibirá una llamada anónima, informando que usted asistió al entierro de Jannsen. Créame, va a sufrir muchas molestias... y eso no le compensará de quedarse con las joyas, que por otra parte, serían recuperadas.

—Está bien —dijo ella, furiosa—. ¿Por qué quiere las joyas de Sheila Dow?

—Soy un ladrón honrado —contestó él riendo.

—Usted es un profesional. ¿Por qué se dedicó a este oficio?

—Se trabaja poco y da dinero. Usted lo hace por venganza y yo

por interés.

—No he visto jamás nadie tan cínico...

Thomas se encogió de hombros.

—Es la vida —contestó—. Además, sólo robo a los ricos.

—Pero no se lo da a los pobres.

—Sí, a un pobre, por lo menos.

—¿Quién es?

—Yo.

Opal le miró un instante y luego apretó los labios para no echarse a reír.

—Está bien. Tengo las joyas de la Dow en mi casa. Pero de éstas no le daré ni una sortija.

Con toda desenvoltura, Thomas se acercó a la caja y sacó un fajo de billetes.

—Al menos, no quiero perder el tiempo —dijo.

—Pero voy a darle las joyas de la señora Dow.

—Es que le prometí devolvérselas.

Opal le miró recelosamente.

—No se burle de mí —dijo.

—También los ladrones tenemos nuestros sentimientos —sonrió Thomas.

—Le vi hace días cuando hablaba con esa pájara. Incluso contemplé la escena de la toalla. A usted se le pusieron los ojos como platos.

—Era lógico, ¿no? —sonrió él.

Opal hizo un gesto de indiferencia.

—Supongo que esas cosas suceden desde que el mundo es mundo —contestó desganadamente—. Pero quizá usted pensase de otra manera si conociese bien a Sheila.

—¿Qué tiene usted contra ella?

—No se preocupe. Bueno, vamos a dejar todo como estaba. Luego le permitiré que venga a mi casa para recoger las joyas de esa pájara.

De repente, se oyó el ruido de la puerta que se abría.

—Viene alguien —exclamó Opal, aterrada.

* * *

Thomas apagó la luz instantáneamente. En el mismo momento, oyó dos cosas: un lamento y el ruido de un coche que arrancaba a

toda velocidad.

El lamento se repitió. Luego se oyó el ruido de un cuerpo que caía al suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Opal, llena de pánico.

Thomas se dirigió hacia la puerta del despacho y asomó la cabeza. Alguien se quejaba sordamente.

El joven se arriesgó a encender la linterna. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Lia Mac Payne yacía en el centro de la sala, tendida de espaldas, con una mano sobre el pecho ensangrentado. Un hilo de color rojo fluía por el lado izquierdo de su boca.

Opal contuvo un grito de terror a duras penas. En aquel instante, el cuerpo de la señora Mac Payne sufrió una terrible convulsión y su cabeza se dobló a un lado.

De puntillas, Thomas se acercó a la mujer, cuyos ojos habían quedado muy abiertos, fijos en el techo de la estancia. En su pecho había cesado ya todo movimiento.

Thomas reaccionó.

—Opal, tenemos que largarnos —dijo—. Lo que menos deseo es verme envuelto en un asesinato.

—¿E... está muerta?

—Un tiro en medio del pecho. Rápido, cierre la caja. ¿Ha dejado huellas?

—No; uso guantes...

—Entonces, no hablemos más.

Momentos después, salían por la puerta posterior. Thomas se felicitó de la hora, un tanto avanzada. En aquel barrio residencial, todos dormían ya.

—¿Su coche, Opal? —preguntó.

—Venga —dijo ella.

El automóvil estaba a unos doscientos metros de distancia. Thomas se dio cuenta de que, al salir por la puerta trasera, Opal recogía una especie de chaquetón largo, de tela ligera. De este modo, cubría su figura, que se habría hecho sospechosa si alguien la hubiera visto solamente con el traje negro de una sola pieza.

Media hora más tarde, Opal abrió la puerta de su apartamento.

—Vive sola —apreció él a los pocos momentos.

—Sí. Mi padre encontró otro empleo, lejos de aquí. Yo preferí

quedarme.

—Para ejecutar su venganza.

—Para recobrar parte, de lo que es nuestro, no lo olvide.

Opal se había quitado ya el chaquetón. Thomas vio una consola con botellas y vasos y se sirvió una buena dosis de *whisky* de centeno, mientras la chica desaparecía por una puerta situada al fondo.

Ella volvió poco después, vestida con una bata corta. Las piernas aparecían ya desnudas de la malla negra.

—Sus joyas —dijo, al entregarle el bolso de terciopelo.

—Si no le importa, lo comprobaré.

—Claro.

Unos minutos después, Thomas cerraba de nuevo la bolsa.

—Lo siento, pero éste era un compromiso —sonrió—. Puede seguir robando a las restantes viudas. Yo daré mis golpes en otra dirección.

Cuando se dirigía a la puerta, Opal le llamó:

—Oiga, todavía no sé su nombre.

—Mike.

—¿Qué más?

—No sea curiosa. Soy un ladrón profesional.

—Usted parece listo, inteligente... ¿Por qué no se busca un trabajo honrado?

—Porque me canso mucho.

—Antes de ir a visitar a la señora Dow, comprese un abanico.

—¿Para qué? —se extrañó Thomas.

—Usted, al sol, tostándose, y ella dándole aire con el abanico...

¿Es ése su ideal en esta vida?

—No parece desagradable, ¿verdad?

—Mike, le daré un consejo: tenga cuidado con la viuda número tres. Puede resultar una *mantis religiosa*.

—Lo tendré en cuenta, pero ¿por qué le da ese número?

—Hombre, el orden alfabético...

Thomas sonrió.

—No deja de ser una buena idea —convino—. Suerte, Opal.

—Lo mismo digo, Mike.

La noticia de la muerte de Lia Mac Payne no se divulgó hasta muy tarde. El cadáver no fue descubierto, hasta que su asistenta,

como todos los días, acudió a limpiar la casa. Thomas leyó la noticia en un diario de la tarde.

En apariencia, la señora Mac Payne había muerto por un disparo hecho con la misma arma que había matado a Mark Jannsen. La policía, sin embargo, se reservaba el informe definitivo, hasta recibir el informe de la sección de Balística.

Para Thomas no había duda: la misma mano había cometido ya dos crímenes.

«¿Por qué?», se preguntó.

Delante de sí, en un papel, tenía escritos los nombres de los siete hombres de negocios muertos en una misma noche: Amber, Brunner, Dow, Knight, Mac Payne, Regan y Slattery. Sí, la definición numeral de Opal era correcta, se dijo.

Sheila era la viuda número 3. A Lia Mac Payne le correspondía la cifra 5.

Tal vez alguien había asesinado a los siete hombres de negocios, se dijo. ¿Pensaba acaso hacer lo mismo con sus acaudaladas viudas?

Pero, entonces, ¿por qué no usar el mismo veneno en lugar de una aparatosa pistola, por más silenciador que tuviera para evitar el ruido de la detonación?

Había muchos enigmas en aquel caso y quizá alguno pudiera ser desvelado por Sheila Dow. Resultaría interesante comprobar si era tan peligrosa como decía Opal Jarvis.

El collar de perlas se ciñó inesperadamente en torno al blanco y esbelto cuello de la mujer. Sheila se volvió y lanzó un gritito de alegría.

—¡Lo has conseguido!

Thomas sonrió. El bolso de terciopelo fue a parar a manos de Sheila.

—Todas las joyas —dijo.

Sheila lanzó el bolso a un lado. Luego saltó hacia el joven y se le abrazó con todas sus fuerzas.

—Me parece que deberías vestirme —dijo él, después de un volcánico beso.

Ella le guiñó un ojo.

—Tengo bastante con el collar. Además, éste no me parece el mejor momento para vestirme —contestó.

—Pues... bien mirado, y hay mucho que mirar —rió Thomas—,

creo que tienes razón.

Y volvió a abrazarla, porque, realmente, Sheila era una mujer muy hermosa.

Mucho más tarde, Sheila encendió un cigarrillo y lo puso en los labios de su visitante.

—Bien y ahora, explícame cómo lo has conseguido —pidió.

—Es bien sencillo: encontré al ladrón, lo sometí a horrendas torturas y así pude dar con el escondite de las joyas.

—No te burles de mí, Mike.

—Bien, salvo lo de la tortura, lo demás es auténtico.

—¿Quién era el ladrón?

—Eso no debe preocuparte. Tienes las joyas, ¿no?

Thomas estaba tendido boca arriba, con el cigarrillo en los labios y las manos bajo la nuca. Sheila se inclinó hacia él.

—¿De veras eres un ladrón profesional?

—Sí.

—¿Y no te han atrapado nunca?

—Hasta ahora, no.

—¿Por qué te dedicaste a este oficio?

—Se trabaja poco y rinde mucho.

—Ahora has trabajado y no has ganado nada.

—Incluiré este golpe en la cuenta de pérdidas y ganancias —sonrió él—. De todas formas, he ganado mucho.

—¿De veras?

Thomas volvió la cabeza ligeramente.

—¿No te lo imaginas?

Sheila lanzó una suave risita. Inclinandose hacia el joven, le quitó el cigarrillo de los labios y lo besó con fuerza.

—Eres estupendo, Mike —dijo.

—Gracias. Pero te diré una cosa, por si dudas de mí. Yo no robé la caja fuerte de Lia Mac Payne —mintió.

Sheila dejó de sonreír en el acto.

—¿Por qué lo dices? —exclamó.

—Has leído los periódicos, me imagino.

—Sí. Es horrible. Pobre Lia...

—La mató el mismo que mató a Jannsen. No hago más que preguntarme por qué tuvo que morir un hombre, que, en apariencia, no tenía la menor relación con siete hombres de

negocios envenenados hace un año.

—Mike, yo tampoco lo comprendo, te lo aseguro.

Thomas alargó un brazo y atrajo a Sheila hacia su pecho.

—Será mejor que olvidemos esto —propuso.

—Encantada —accedió ella.

CAPÍTULO IV

Cuando salía de su casa. Opal Jarvis oyó una voz a un par de pasos de distancia.

—¿Piensa ir a explorar el terreno donde piensa actuar en su próximo golpe?

La chica se volvió en el acto. Thomas sonreía, apoyado en la pared, junto a la entrada de su casa.

—Voy de compras, simplemente —respondió.

—Me gustaría acompañarla, Opal.

—No tengo inconveniente, Mike.

Thomas se sentó en el coche, junto a la joven.

—¿Qué opina de la muerte de la señora Mac Payne? —preguntó, cuando Opal hubo puesto el motor en marcha.

—Lo que dicen los diarios, simplemente.

—¿Cree que su muerte tiene algo que ver con la de los siete ricachos que arrojaron a su padre a las tinieblas?

—Usted piensa que ellos murieron asesinados.

—Lo presiento, Opal.

—Pero los forenses...

—Hay venenos que pueden engañar al médico más listo.

—Había alimentos en malas condiciones.

—Opal, usted puede hacerlo, pero yo no. ¿Por qué no habla con alguno de los forenses que hicieron la autopsia a los muertos en aquella casa de campo? —sugirió Thomas.

—Bien, pero, suponiendo que lo hiciera, ¿qué motivo podría alegar? —preguntó ella.

—Oh, usted tiene imaginación sobrada. Incluso sabe abrir cajas de caudales sin necesidad de llave.

Opal se sonrojó violentamente.

—Me lo enseñaron —dijo, evasiva.

—Debió de ser un buen profesor. No es cosa fácil.

—Como comprenderá, no le voy a dar el nombre. Pero, dígame, ¿qué hará usted mientras yo procuro conseguir esos informes?

—Todavía quedan cinco viudas ricas y con mucha «pasta». Voy a estudiar el sitio donde pienso dar mi próximo golpe.

—¿Cuál es el número de la viuda elegida? ¡Ah, pare aquí!

Thomas levantó el índice.

—El undécimo mandamiento no es el de «no estorbar», como dice el vulgo, sino el de «callar, cuanto más mejor» —exclamó alegremente.

Y antes de que la asombrada muchacha, ya en la acera, pudiera responder, Thomas cerró la portezuela de su coche, estacionado junto a la acera, y desapareció de su vista.

Opal quedó unos instantes en la acera, contemplando el automóvil del joven, hasta que lo perdió de vista. Luego hizo un leve encogimiento de hombros y continuó su camino.

* * *

Al oír el timbre de la puerta, la doncella, ataviada con vestido negro, cofia, cuello, puños y delantal blancos, cruzó el vestíbulo y abrió. Delante de él, un hombre joven, vestido con un mono de color claro y una herramienta en las manos, se tocó con dos dedos la visera de la gorilla de trabajo que llevaba puesta.

—Hola —dijo—. Ésta es la casa de la señora Amber.

—Sí, en efecto —contestó la sirvienta—. ¿Qué desea, amigo?

El operario sacó una tarjeta del bolsillo de su mono.

—Compañía de Electricidad —dijo—. Revisión de líneas.

—Pero todo está bien. No hemos tenido fallos ni averías últimamente...

—Señorita, no hace falta que se produzcan averías para que la compañía estime necesario una revisión del tendido. En alguna parte se produce una fuga y es energía que se desperdicia. Estoy revisando todo el barrio, ¿comprende?

—Oh, una fuga...

—Así es, como cuando se revienta una cañería de agua. Por extraño que le parezca, también la electricidad puede desperdiciarse de la misma manera.

—Bien, si eso es cierto, puede pasar.

—Gracias, señorita. Si no le importa, empezaré desde el vestíbulo. Otra cosa, señorita.

—¿Sí? —dijo la doncella.

—Mi nombre es Mike —sonrió el operario—. Me gustaría que se quedase mientras reviso la instalación. No tengo ganas de que me pase lo que a un compañero. Lo dejaron solo... a la noche hubo ladrones y luego le acusaron a él del robo.

La doncella era muy atractiva y con ojos muy negros llenos de malicia. Sonrió, a la vez que hacía un gesto de asentimiento.

—Está bien —accedió.

Thomas abrió la caja de herramientas y sacó un aparato de medición. Durante unos momentos, se dedicó con gran atención a estudiar la instalación del vestíbulo. La doncella, por supuesto, ignoraba que lo que él buscaba en realidad era un sistema de alarma.

Con aire de experto, recorrió el amplio vestíbulo. Una escalera de hierro forjado, pintada de blanco y oro, con pasamanos de madera oscura, conducía al piso superior.

De pronto sonaron unas risitas. Una mujer protestó:

—Quieto, Johnny, eres demasiado impulsivo...

Thomas estaba junto a una puerta, que había quedado entreabierta. Aplicó el ojo a la ranura y vio a una pareja estrechamente abrazada, sentados en un diván. Ella tenía la falda casi a ras de las caderas y la parte superior del vestido empezaba a caer hacia abajo.

—Por favor, Johnny...

Thomas se separó de la puerta y cambió una mirada con la doncella, a la vez que simulaba abanicarse con la mano.

—Vaya par de volcanes —comentó en voz baja.

La doncella hizo una mueca.

—Ella casi podría ser su madre —dijo despectivamente—. Se pirra por los jóvenes... y algunos le sacan el dinero vergonzosamente.

—El dinero está para eso, hermosa, no le dé vueltas —contestó Thomas, filósofo.

—Está bien, está bien —dijo la señora Amber—, te daré lo que me pides, Johnny, pero hasta mañana no podrá ser...

—Apostaría a que mañana o pasado, Johnny Crook tiene un coche nuevo —murmuró la doncella—. Y no un coche cualquiera, sino uno deportivo de esos europeos, tan caros.

—Los hay que han nacido de pie —sonrió Thomas.

La doncella se llamaba Susie y resultó ser muy simpática y comunicativa. Thomas llegó al fin a un despacho, que había sido gabinete de trabajo del difunto Colton N. Amber. El cuadro que había detrás de la mesa de despacho, le indicó sin lugar a dudas el punto donde se hallaba la caja fuerte.

Y no había sistemas de alarma.

Un cuarto de hora más tarde, se despidió de Susie.

—Me gustaría invitarla a cenar algún día —dijo.

—Pasado mañana es mi día libre —contestó ella, sonriendo.

—¿Dónde la espero? ¿No le gustaría más que yo comprase las provisiones y preparase la cena en mi casa?

Susie entrecerró los ojos.

—Mike, ¿me está tendiendo una encerrona?

—Sí —admitió él sin pestañear.

—Al menos es usted sincero.

—Siempre es conveniente, Susie.

—Llámemme pasado mañana por la tarde, hacia las seis. Ya le diré algo.

—Está bien.

Thomas dormía aun cuando oyó el timbre de la puerta. Dando tumbos por todas partes, se levantó y abrió. Opal le contempló irónicamente.

—Se le han pegado las sábanas —comentó.

—No tengo que marcar el reloj de una oficina —repuso él, bostezando—. Oiga, puesto que ya está aquí, ¿por qué no hace un poco de café, mientras me lavo la cara?

Opal lanzó el bolso a un lado.

—Le haré café, así estará más despejado para oír mis noticias —dijo.

Thomas volvió a bostezar.

—Buenooo...

Media hora más tarde, vestido con un liviano *pullover* de cuello alto, pantalones y mocasines, Thomas se sentaba ante una mesa muy bien provista.

—¡Caramba es usted toda una cocinera! —exclamó, frotándose las manos de gusto—. Un desayuno digno de un *rey* —elogió.

Opal estaba sentada frente a él.

—Empiece y escuche —dijo.

—Soy todo oídos.

—Los siete hombres de negocios murieron intoxicados, no hay la menor duda. La autopsia demostró que había en sus vísceras notables cantidades de tomaina. El término es un tanto desusado y, cuando no se emplean las definiciones estrictamente científicas, se le llama cadaverina, si se trata de alimentos procedentes de carnes de animales terrestres, o putrescina si procede de peces. La cadaverina es una sustancia siruposa que se extrae de la carne en descomposición, y se produce por descarboxilación del aminoácido lisina...

Thomas apartó su plato.

—Me ha quitado el apetito —dijo.

—Usted pidió informes. Ya los tiene —adujo ella.

—Pero no con tantos detalles, caramba.

Opal se echó a reír.

—Usted no serviría para médico —dijo.

—No, lo admito. —Thomas llenó su taza de café y se la llevó a los labios—. Pero lo que interesaba era la posibilidad de una muerte intencionada.

—Descartado por completo —respondió ella—. Un caso colectivo de mala suerte, eso es todo.

—De modo que en esta época, siete hombres se reúnen en una casa solitaria para tomar acuerdos sobre sus negocios, comen algo y mueren todos. ¿Es que ninguno tuvo tiempo de llamar por teléfono, para que viniese un médico?

—La casa está aislada y no hay teléfono. Uno de ellos, sin embargo, pudo salir, subir a su coche y ponerlo en marcha, pero se estrelló contra un árbol a los cien metros. El veneno había causado ya sus efectos mortíferos.

Thomas meneó la cabeza.

—No sé, no acabo de convencerme de que fuera un accidente. Lo que sí sucede es que tenemos que enfrentarnos con un envenenador muy hábil.

—Ah, «tenemos que enfrentarnos» —repitió Opal, mirándole fijamente—. ¿Qué significa eso?

—Mire, chica, a mí nadie me hará creer jamás en la teoría de la

muerte por intoxicación alimenticia accidental. Siete hombres de negocios se reúnen en una casa aislada, para hablar de sus asuntos... y los siete comen algo que los mata. Eran gente con muchísimo dinero, usted lo sabe mejor que yo, y todos ellos han dejado a sus viudas en magnífica posición. La policía y los forenses dirán lo que quieran, puedan o sepan, pero, para mí, es un asesinato.

—De acuerdo, pero ¿quién los mató?

—Alguien con la suficiente inteligencia para emplear el veneno que resultase lógico a ojos de los galenos y no inspirase sospechas a la policía. Si me dice usted el nombre, tendremos el resto.

—Mike, primero, no se me ocurre ningún nombre. Segundo, yo siempre he creído que era un ladrón. ¿Por qué tiene que interesarle tanto esa matanza? —preguntó Opal.

—Tiene usted razón. Debemos hacer efectivo el refrán de «zapatero a tus zapatos»... y el ladrón a su botín. Bueno, ¿le gustaría vaciar la caja de la viuda número uno?

Opal parpadeó.

—¿La ha localizado ya?

—Sí, pero antes necesito su ayuda.

—¿Cómo?

Thomas miró melancólicamente el plato en el que se habían enfriado ya los huevos del desayuno.

—¿Por qué habrá tenido que explicarme con tantos detalles las características del veneno? —se lamentó.

Opal lanzó una risita.

—¿Le preparo otro desayuno? —sugirió.

—No; pensaría en un gran trozo de carne corrompida, derramando jugos putrefactos, cubierta de moscas verdes, que zumban constantemente, despidiendo un hedor insufrible...

Opal se puso en pie, con una mano en la boca, y echó a correr hacia el cuarto de baño. Thomas sonrió maliciosamente.

—¿Quién dijo eso de «Donde las dan, las toman»?

CAPÍTULO V

El coche de Thomas estaba parado a prudente distancia de la casa, aunque no tan lejos que no se pudieran apreciar los detalles con toda nitidez. Thomas tenía un cigarrillo en los labios, mientras su mano derecha tabaleaba sobre el aro del volante.

De pronto, se oyó un sordo rugido. Un coche deportivo, con la capota bajada, se acercó a la casa y se detuvo con gran estridor de frenos. El coche era de un espectacular color rojo.

El conductor saltó ágilmente y echó a correr hacia el edificio. Thomas dio un codazo a la muchacha, sentada a su lado.

—Ahora le toca a usted —dijo.

Opal salió del coche. Por consejo de Thomas, vestía espectacularmente: un vestido que parecía no tener tirantes y tan corto, que no podía agacharse, sin que se le vieran los encajes de los pantaloncitos. Opal llevaba puestas unas aparatosas gafas de color y en su mano derecha se balanceaba un gran bolso de tela de vivos colores.

Desde su coche, Thomas presenció la escena, sin perderse un solo detalle. A los pocos minutos, el conductor del deportivo rojo salió de la casa, tirando de la mano de su dueña.

—¡Ven, Marylou, quiero que lo veas!

—Johnny, por favor, sé un poco más mesurado —protestó la señora Amber.

De repente, Opal levantó una mano.

—¡Johnny, vamos, date prisa o llegaremos tarde a la fiesta!

La señora Amber y su amante se detuvieron en seco. Opal estaba sentada en la capota, con las piernas casi completamente al descubierto, sonriendo con expresión de gran alegría.

—Vamos, Johnny, deja a la vieja y larguémonos. Ésta va a ser una fiesta para jóvenes. Las venerables ancianitas, a la chimenea, a tejer.

Marylou Amber temblaba de rabia.

—De modo que para eso me pediste que..., que te comprara un coche...

—Pero... si yo no conozco a esa chica —protestó el amante—. Jamás la he visto en mi vida... Y no vamos a ninguna fiesta...

La señora Amber alzó la mano y asestó una tremenda bofetada a su amante.

—¡Cerdo, miserable canalla! Te compro el coche y tienes la desvergüenza de traer en él a esa putilla barata...

—¡Johnny, esa vieja gorda me está insultando! —chilló Opal.

El joven no sabía qué hacer. De pronto, la señora Amber levantó el pie y le asestó una tremenda patada en la entrepierna. Johnny cayó al suelo, chillando como un cerdo recién degollado.

Acto seguido, echó a correr hacia el coche. Opal pensó que lo mejor era emprender una prudente retirada y, tras saltar al suelo, corrió también. Pero la señora Amber no tenía intenciones de atacarla; simplemente, se limitó a quitar las llaves del coche.

Luego regresó a la casa. Johnny se levantaba en aquel momento, con las manos en la entrepierna. A la derecha de la puerta había una manguera todavía conectada. Marylou abrió el grifo y dirigió la manguera hacia el sujeto, poniéndolo perdido de agua.

—¡Fuera, hijo de mala madre! ¡Largo de aquí...!

Thomas hizo arrancar su coche y pasó por delante de la casa, sin hacer el menor gesto comprometedor. A los cien metros, dobló la esquina. Opal, muy indignada, se sentó en el coche instantes más tarde.

—¿Por qué demonios ha tenido que hacerlo? —preguntó, roja de furia.

—Deje que le explique...

—Me ha llamado...

—Lo he oído y no quiero que lo repita. Esa mujer tiene una lengua realmente viperina. Pero tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

—Es bien sencillo. Si Marylou Amber no hubiera roto con su joven amante, a la noche, aprovechando que es el día libre de la doncella, Johnny se hubiera esforzado en hacerle patente su gratitud. Y nos conviene que la casa esté libre. Por supuesto, a una chica como usted, no voy a decirle qué iba a pasar entre la señora

Amber y Johnny.

—Me lo imagino de sobra, no soy tan tonta como se piensa —dijo Opal, más humanizada—. Pero ¡qué lenguaje, Señor!

Thomas soltó una risita.

—Estaba hecha una furia, en efecto —convino—. Bien, y ahora el resto de las instrucciones...

—La cena ha estado exquisita, pero creí que iba yo a prepararla —dijo Susie—. ¿Es tu *hobby* la cocina, Mike?

—Te diré la verdad: encargué el menú a un restaurante —sonrió Thomas, mientras vertía más champaña en la copa de su invitada—. No lo lamentarás, supongo.

Susie soltó una risita.

—Eres un hombre adorable —contestó—. Mucho mejor que Johnny.

—¿Te refieres al fulano de la señora Amber?

—Sí. El tío tiene una caradura imponente. Ella le regala el coche y él va y aparece con una chica, para irse de juerga por ahí...

—Hay tíos con mucha cara, en efecto. Pero creo que no estamos aquí para hablar de la señora Amber ni de su chulo.

Susie volvió a reír.

—¿De qué vamos a hablar? —preguntó.

—Te lo diré muy pronto..., junto a la oreja.

Sesenta minutos después, Susie estiró los brazos lánguidamente.

—Mike, eres todo un hombre —dijo.

—Creo que nos conviene una copa —sugirió—. No, no te muevas, yo la traeré.

Sentado en la cama minutos después, Thomas contempló cómo invadía el sueño a Susie. A los quince minutos, abandonó el dormitorio y empezó a vestirse.

Opal le aguardaba en el lugar convenido, vestida de la forma que era habitual en ella, aunque con un chaquetón que ocultaba el traje negro de una sola pieza.

—Ha sido puntual —sonrió en la oscuridad.

—Es la hora apropiada —dijo él—. ¿Vamos?

Opal asintió. Entraron por la parte posterior, utilizando la llave que Thomas había encontrado en el bolso de Susie.

—Vaya, pensé que tendría que cortar un cristal con el diamante

—dijo ella.

—He conseguido la llave; es más seguro.

—¿Quién se la ha dado, Mike?

—Opal, las preguntas capciosas están prohibidas.

—Algunas veces he leído robos efectuados con la ayuda de sirvientas infieles —dijo la chica intencionadamente—. Y la señora Amber tiene una doncella muy mona.

—Opal, no soy presumido ni quiero pensar de usted cosas que no son ciertas —respondió Thomas fríamente—. Nuestra alianza es solamente circunstancial y para un objetivo bien definido. Si usted tiene por ahí un chico que le guste, amén y que sean muy felices. En cuanto a mí, deje que me las arregle como pueda.

—No he pretendido molestarle, Mike —se disculpó ella.

—Sólo quería poner las cosas en su sitio.

Momentos después, entraban en el despacho. Thomas señaló el cuadro que había tras la mesa de trabajo.

—Empiece —dijo.

Opal se volvió para mirarle.

—¿Qué hubiera hecho usted, si yo no estuviera aquí? —preguntó.

—Conoce de sobra la respuesta. —Thomas se sentó en un ángulo de la mesa—. Le he allanado el camino, así que empiece a trabajar.

—Usted se quedará la mitad...

—Lo suficiente para vivir bien una temporada.

—¿Es ése todo su ideal en la vida, Mike?

—Opal, no hemos venido aquí para filosofar, sino para trabajar —respondió él secamente.

La chica hizo un gesto con la cabeza. Movi6 el cuadro y la caja fuerte qued6 al descubierto. Inmediatamente, empez6 a mover las ruedas de la combinaci6n, escuchando con la ayuda de un estetoscopio que habia llevado consigo.

Trascurri6 un buen rato. De pronto, Opal asió la manija, la hizo girar y tir6 de la puerta hacia sí.

—El señor está servido —dijo ir6nicamente.

Thomas se incorpor6 y mir6 al interior de la caja. Aparte de algunos documentos, sólo habia un delgado fajo de billetes.

—Dos mil dólares —calcul6, con una mueca de decepci6n.

—Pero esa mujer tiene muchas joyas...

Thomas se pellizcó el labio inferior. Después de algunos segundos de reflexión, se metió el fajo de billetes debajo del jersey, sujetándolo con la pretina del pantalón. Luego se volvió hacia la chica.

—Voy a explorar el dormitorio de la señora Amber —dijo.

—Puede despertarse —objetó ella, alarmada.

—Olvida usted que soy un profesional —contestó.

Pisando tan silenciosamente como un gato, se acercó a la puerta. Cuando la abrió, oyó pasos muy rápidos.

Alguien corrió a través del vestíbulo y salió de la casa, antes de que Thomas tuviera tiempo de captar detalles. Sólo pudo ver una sombra oscura que se deslizaba sigilosamente hacia la calle.

Opal oyó también los pasos y se asustó.

—Mike, había alguien más en la casa —dijo.

—Aguárdeme aquí, voy a investigar en el dormitorio de la señora Amber.

—No, iré con usted. No quiero quedarme sola.

—Muy bien, como guste.

Como fantasmas, se deslizaron hacia el piso superior. Había una puerta entreabierta. Thomas se acercó, abrió un poco más y escuchó.

Sólo percibió un silencio absoluto. «Debía oír la respiración de la durmiente», se dijo.

Arriesgándose a todo, encendió la linterna. Un segundo después, Opal, a su lado, emitía un grito de terror.

—¡Silencio! —dijo él malhumoradamente.

El foco de luz iluminaba con toda claridad el cuerpo que yacía sobre la cama. Marylou Amber tenía ahora un tercer ojo, situado a un centímetro, por encima del puente de la nariz.

Un hilo de sangre resbalaba por el lado izquierdo de la cara y confería a sus facciones una expresión grotesca. Los ojos estaban desmesuradamente abiertos y en ellos se expresaba el horror de sus últimos instantes.

Thomas reaccionó muy pronto.

—Opal, tenemos que largarnos —dijo.

—Es... esto es horrible...

—Sí, la viuda número uno —confirmó Thomas—. Pero aquí no podemos seguir haciendo comentarios. ¡Vámonos!

Antes de salir, Thomas observó que la habitación estaba en completo orden. No, el motivo de aquel crimen no había sido el robo.

—Y no oímos el disparo, lo que indica que el arma tenía silenciador —dijo más tarde, cuando ya se hallaban a prudente distancia del teatro del crimen.

Conducía Thomas. Opal se sintió súbitamente furiosa.

—Esa mujer podría estar viva, si no se le hubiese ocurrido a usted la brillante idea de provocar la pelea con su amante. Johnny Crook hubiera pasado la noche con la señora Amber...

—Y tal vez hubieran sido dos los cadáveres, cosa que, en cierto modo, habría convenido al asesino, puesto que el crimen hubiese sido achacado a los celos.

Ahora no, ahora ya se sabe, se sabrá, mejor dicho, que hay alguien que persigue a las viudas de los siete envenenados.

—Pero ¿por qué? —exclamó Opal, llena de perplejidad—. ¿Qué beneficio puede sacar el asesino de esos crímenes?

—Será preciso averiguarlo, chica —dijo Thomas, profundamente pensativo—. Ahora, vuélvase a su casa, tome un sedante y procure olvidar lo que ha visto.

—Trataré de conseguirlo —dijo ella, no muy convencida de poder pegar un ojo aquella noche.

Thomas, en cambio, tenía otro problema. Apenas llegó a su casa, se asomó al dormitorio.

Susie, la doncella de la señora Amber, dormía profundamente, con los desnudos brazos fuera de las ropas de cama. Thomas respiró aliviado. Susie sería una buena coartada para él y él para ella, si acaso les relacionaban con el crimen.

Por otra parte, la policía no encontraría motivos para sospechar de Susie. La sirvienta andaba por los treinta años y llevaba casi diez con Marylou Amber. Una vez la había dejado para casarse, pero el matrimonio fracasó y Susie había vuelto de nuevo al servicio de la señora Amber, con gran contentamiento de ésta. En los anteriores momentos de intimidad, Susie se había mostrado sumamente locuaz. Thomas sabía que en, la vecindad, ella era muy apreciada por su señora.

Sentía mucho el disgusto que le daría cuando, a la mañana siguiente, al llevarla el desayuno, se encontrase con un cadáver.

Pero, por un lógico sentimiento de autoprotección, debía callar lo sucedido.

Al cabo de un rato, Susie despertó, bostezó y estiró los brazos lánguidamente.

Thomas estaba sentado al borde de la cama. Susie sonrió.

—Me he dormido —dijo.

—Parece natural en situaciones como la presente —contestó él

—. ¿Quieres algo? ¿Una copa, un cigarrillo?

Susie estiró los brazos y tiró del joven hacia sí.

—Te quiero a ti —dijo apasionadamente.

CAPÍTULO VI

Los ojos de Denis Holmes tenían un brillo socarrón cuando contemplaron la figura de Thomas, por encima de las antiparras que cabalgaban sobre la ganchuda nariz.

—Parece que últimamente no tiene demasiado éxito, Mike —comentó Holmes.

—Bueno, pero tampoco puedo quejarme —respondió Thomas con jovialidad—. Tranquilo, Denis, no he venido a pedirte dinero.

—Me debes cinco mil, recuérdalo.

—Te los pagaré, descuida. Pero ahora eres tú el que debe recordar otra cosa.

—¿Sí?

—Lo dijiste el día en que vino la chica negra a robarnos una libra de joyas. Se refiere a Sheila Dow.

—Guapa mujer. —Holmes puso los ojos en blanco—. Esas cosas ya no son para mí, aunque hace no más de diez años, habría podido conseguirlo solo por tres dólares.

—No me digas...

—Hace diez, quizá doce años, Sheila trabajaba en el salón de masaje de la calle Octava, cerca de la esquina con Greenhill. Era una de las «masajistas» y cada «sesión» costaba tres dólares. Luego, y eso hay que reconocérselo, la chica progresó. Tenía una bonita figura, aprendió a vocalizar, a mover el cuerpo... y con la ayuda de un micrófono, hoy día, cualquiera es una Joan Sutherland. Empezó en locales ínfimos, subió un poco más en la escala artística y, un buen día, Gregor Lewis Dow la vio, se chifló por ella y la convirtió en su esposa.

—Una historia muy interesante. Pero tú dijiste también que era peligrosa.

—Ella tenía un amante. No se le puede reprochar, claro, pero pasa que el amante quiso algo más que ardientes abrazos. Sheila se

negó.

—¿Y...?

—El fulano quiso rajarle la cara, ya sabes que hay tipos de esa clase. Les gusta tener un cuerpo hermoso al lado y, además, vivir de la situación. A Sheila, en cambio, no le gustaba mantener a un vago, por agradable que le resultase su compañía. Cuando el tipo sacó la navaja ella le rompió una silla en la cabeza.

—Mujer de genio, no cabe duda.

—Te lo aseguro, Mike. Bueno, el chulo salió del hospital y quiso volver a las andadas. Pero ella había comprado ya un revólver y le puso el estómago en la garganta. Era de la clase de tipos que sólo son valientes con las mujeres débiles, ¿comprendes?

—Perfectamente, Denis. Oye, ¿por qué no me dices el nombre de ese tipo?

Holmes miró con curiosidad a su interlocutor.

—Oh, no. Detective aficionado ahora, no —exclamó.

Thomas se echó a reír.

—Vamos, manantial de noticias, suéltalo ya —pidió.

—Chad Wooker. Búscalo a partir de las siete de la tarde por la parte baja de la calle Octava, puede que la Novena.

—¿Cómo es, Denis?

—Bueno, han pasado algunos años... Muy rabio, alto, guapo, apuesto, hombros anchos... y una cicatriz cerca de la sien izquierda recuerdo del silletazo que le arreó Sheila.

Thomas agitó una mano.

—Gracias, Denis.

Cuando regresaba a su casa, un hombre le cerró el paso en la acera.

—¿Thomas?

—Sí.

El hombre abrió una billetera.

—Sargento Harris, de la División de Homicidios. Se ha cometido un crimen la pasada noche, señor Thomas. Uno de los posibles implicados en el caso ha dado su nombre.

—¿De veras?

—Se llama Susan Kelly. Dice que vino a cenar con usted en su apartamento y que pasaron la noche juntos, hasta las cuatro de la madrugada.

—Absolutamente cierto, sargento. Pero ¿de qué acusan a Susie?

—No la acusamos de nada, señor Thomas. Sólo queremos comprobar algunos extremos de sus declaraciones. La señorita Kelly era la sirvienta personal de la señora Amber, quien ha sido asesinada de un disparo, alrededor de las doce de la noche.

—¡Diablos! —exclamó Thomas—. Menudo susto se habrá llevado la pobre Susie... Oiga, es cierto que estuvo conmigo hasta las cuatro de la madrugada. Todavía le diré más; dada la hora tan avanzada, yo mismo la acompañé hasta la casa donde trabaja. Una mujer sola, a esa hora... usted ya me comprende, sargento.

Harris asintió.

—Desde luego, pero ¿por qué volvió tan tarde a su casa?

—Era su día libre. Susie dijo que la señora Amber le permitía ausentarse todo el tiempo que quisiera, con tal de que, a la mañana siguiente, estuviese lista para servirle el desayuno.

Harris asintió.

—Sí, es lo que nos ha dicho a nosotros. Muchas gracias por su cooperación, señor Thomas.

—Ha sido un placer.

El policía se marchó. Thomas subió a su casa. Opal le abrió la puerta.

—Hola —dijo él, sorprendido—. ¿Cómo ha entrado aquí?

—Soy una ladrona, ¿no lo recuerda?

—Oh, es verdad. ¿Le importa que me prepare un poco de café?

—Ya lo tengo hecho. Espere y traeré la cafetera.

—Es usted una maravilla con faldas... No, ahora lleva pantalones —exclamó Thomas, al contemplar el delicioso espectáculo que era la muchacha, vista de espaldas, vestida con una blusa y tejanos sumamente ajustados.

—Le he visto desde la ventana. Hablaba con un hombre. ¿Quién era? —preguntó Opal, mientras llenaba las tazas.

—El sargento Harris, de Homicidios. Quería comprobar la coartada de la doncella de la señora Amber.

—No entiendo cómo puede usted declarar en ese sentido. ¿Qué tiene que ver usted con esa mujer?

—Vino a cenar conmigo y estuvo aquí hasta las cuatro de la madrugada.

Opal se irguió lentamente, a la vez que miraba al joven con ojos

llenos de asombro.

—Pero eso es horrible —gritó—. Esa mujer dirá ahora que usted se ausentó de su casa un par de horas...

—No dirá nada, porque le di un narcótico muy suave y se durmió, desde las once hasta cerca de las dos. Ella cree que se durmió, como consecuencia de..., de... Bueno, no se lo voy a contar todo —exclamó Thomas, un tanto picado.

—Usted trajo a la doncella a su casa...

—Era su día libre y la señora Amber no la necesitaría hasta la hora del desayuno. Y no era la primera vez que pasaba la noche fuera de casa, aunque no conmigo, por supuesto, ni tampoco lo hacía todos sus días libres.

—De modo que estuvo aquí...

—Sí, cenamos juntos y luego nos amamos. ¿Qué diablos le pasa? Yo soy joven, Susie es joven y guapa...

—Si ella hubiese estado en su casa, la señora Amber estaría libre.

—Eso mismo dijo del imbécil Crook. ¡Nosotros estábamos en aquella casa y no nos enteramos hasta que ya se había consumado el crimen! —gritó Thomas descompuestamente—. No me culpe a mí de lo ocurrido —prosiguió con gradual acaloramiento—; usted quería vengarse, robándole las joyas y yo tracé un plan, que aprobó sin más, porque, si recuerda lo que hablamos, incluso creíamos en la posibilidad de que la señora Amber, furiosa por la supuesta traición de Johnny, abandonase la ciudad. Queríamos tener el campo libre y lo conseguimos, ¿no?

Opal se pasó una mano por la cara.

—No nos dimos cuenta...

—Y quizá haya sido mejor así, porque, de otro modo, el asesino nos habría liquidado despiadadamente.

De pronto, Thomas se fue hacia la puerta y la abrió.

—Márchese —dijo.

Ella respingó.

—¿Me echa?

—Nuestra asociación queda rota. Robe usted por su cuenta; yo lo haré por la mía. Denúncieme si quiere a la policía, aunque usted tampoco saldría muy bien parada.

Opal agarró el bolso.

—Está bien, ya he dejado de verle —dijo.

De pronto, alguien tocó con los nudillos en la puerta.

—Hola —dijo el hombre.

Thomas y Opal se volvieron al mismo tiempo. El recién llegado, sonriendo, sacó una billetera, en la que lucía una brillante placa, y dijo:

—Teniente Cabbler, de Homicidios. Usted es *miss* Opal Jarvis.

—Sí —admitió la muchacha.

—Lo lamento mucho, pero tengo que detenerla, como sospechosa de homicidio en la persona de Marylou Amber.

Opal se puso una mano en la boca. Cabbler hizo un gesto.

—¿Sargento?

Un policía uniformado apareció, con un bulto de ropa negra en las manos.

—Hemos encontrado esto en su casa, señorita Jarvis —continuó el teniente Cabbler—. Por supuesto, hicimos el registro provistos de la correspondiente autorización judicial. Hemos averiguado, además, que usted tenía motivos personales de resentimiento contra la señora Amber, y contra otras mujeres también..., pero eso se lo explicaremos mejor en Jefatura. Sargento, ¿quiere indicar a la señorita Jarvis cuáles son sus derechos?

El sargento sacó una libreta y recitó unas cuantas frases. Opal parecía anonadada.

—Pero yo no...

—Por ahora, no hay acusación en firme, señorita —puntualizó Cabbler—. Pero estimamos que es sospechosa y por eso consideramos conveniente su arresto.

Cabbler se volvió hacia el joven.

—Usted es Thomas —dijo.

—Sí —admitió el interpelado.

—Susan Kelly ha dicho que pasó la noche con usted.

—Muy cierto, teniente.

Cabbler hizo un gesto. Luego tomó el brazo de Opal.

—No tema, no la vamos a esposar —dijo.

Cuando salía, Opal se volvió hacia Thomas.

—Mike, ¿quiere encargarse de buscarme un buen abogado? —solicitó.

—Váyase tranquila. Iré a visitarla en cuanto me sea posible —

contestó el joven.

Thomas lanzó un gruñido de enojo al quedarse solo:

—¡Menuda complicación!

«Si, aquél era Chad Wooker», se dijo Mike Thomas, aquella misma noche, al ver al sujeto en la barra de un local de no demasiado buen aspecto, junto a una pintarrajeada y pechugona dama, quien no parecía precisamente sentirse muy feliz con la compañía del sujeto.

La profesión de la mujer saltaba a la vista. «Aún tenía buenas vistas», pensó Thomas, pero también pudo apreciar que Wooker había caído bastante bajo. Wooker era de la clase de hombres que no aprendían jamás.

Se acercó a la barra con aire intrascendente y pidió un doble de *whisky*. A su lado, la mujer soltó una palabrita.

—Te la estás jugando, Minnie —dijo Wooker a media voz.

—¡Vete al infierno! —contestó ella.

Wooker sacó una navaja, presionó el resorte y empezó a limpiarse las uñas ostentosamente.

—Todavía tienes la cara pero que muy atractiva, Minnie —murmuró—. Estarías muy fea con una mejilla partida.

Ella palideció.

—Chad...

—Vamos, dame lo que te he pedido y no me vengas ya con lástimas.

Ella apretó los labios. Luego abrió el bolso. Entonces, una mano lo cerró de golpe.

—No le dé un solo centavo a ese parásito.

Atónita, Minnie volvió los ojos. Wooker respingó.

—¿Quién diablos le ha dado permiso para...?

—Chad, quiero hablar con usted —cortó Thomas fríamente.

Wooker hizo destellar su navaja.

—¿Cuál es su lado malo? —dijo—. Los fotógrafos y *cameramen* aseguran que toda persona tiene un perfil bueno. Si me dice cuál es el malo, le rajaré el bueno.

Thomas sonrió.

—Usted tiene una cicatriz en la frente, cerca de la sien izquierda. ¿Ya no se acuerda quién se la hizo? —Thomas se volvió

hacia la mujer—. Minnie, lárgate y olvida a este gusano.

—Con mucho gusto —dijo la mujer.

El barman contemplaba la escena interesadamente. Tres o cuatro clientes de ambos sexos, esparcidos por la taberna, tenían la vista fija en los dos hombres.

De pronto, Wooker pareció cobrar miedo. Se lamió los labios y guardó la navaja.

—No tengo ganas de broncas —rezongó.

—Yo quiero hablar con usted —manifestó el joven—. Oiga, ¿no tiene algún reservado? —Se dirigió al barman.

—Sí. Vaya por la puerta del fondo.

—Gracias, amigo. Llévenos una botella y dos vasos.

Thomas dejó sobre el mostrador dos billetes de cinco dólares. Wooker echó a andar. Segundos después, abrió una puerta. Cruzó el umbral y, súbitamente, se volvió hacia el joven, con la navaja nuevamente abierta.

—Te voy a matar...

Thomas alzó el pie derecho y le pateó la ingle. Wooker cayó de espaldas, lanzando un aullido.

CAPÍTULO VII

Wooker se sentó en una butaca, frotándose el bajo vientre.

—Pero ¿qué demonios quiere usted? —rezongó.

—Necesito detalles de cierta mujer a la que conociste hace años. Fue, precisamente, la que te rompió una silla en la cabeza.

—Esa zorra... —dijo Wooker rencorosamente.

El barman llegó en aquel momento con una bandeja en la mano.

—Déjela ahí —indicó.

—Sí, señor.

El barman caminó unos pasos y se acercó a la mesa, inclinándose ligeramente, para dejar la bandeja sobre la mesa. Luego se incorporó y, en el mismo instante, lanzó un agudo chillido:

—¡Cuidado!

Thomas volvió la cabeza. En la pared opuesta, había un ventanuco, de unos cuarenta centímetros de lado, situado a poco más de metro y medio del suelo. Una mano, enguantada en negro, asomaba por la ventana, armada con un revólver provisto de silenciador.

Thomas se tiró instantáneamente al suelo. La pistola hizo fuego una vez.

Wooker chilló horrorosamente al sentir el impacto de la bala en plena boca. Pero no era una herida mortal.

El siguiente disparo hizo saltar por los aires trozos del hueso frontal. Los gritos de Wooker cesaron en el acto.

El barman también se había tirado al suelo. Al incorporarse, tenía la cara gris.

—Dios mío... —musitó.

Todavía acucillado, Thomas miró hacia la ventana, de la cual había desaparecido la mano armada. Luego volvió la vista hacia el rufián. Casi sintió deseos de vomitar.

—Avise a la policía —dijo.

El barman desapareció en el acto. Thomas dudó un momento.

Salió al pasillo. Al fondo divisó una puerta.

Corrió en silencio. Abrió, encontrándose en un callejón escasamente alumbrado, con cubos de basura y cajas vacías. A la izquierda se divisaba la entrada a una especie de patio, que daba a la trasera de los reservados.

Thomas volvió la cabeza. El pasillo estaba desierto. O los clientes de la taberna no sabían nada o, prudentemente, habían escapado después del suceso, para no verse mezclados en algo que no podía traerles nada bueno. La policía empezaría a hurgar en sus vidas y algunos podían volver a la cárcel.

Thomas tampoco sentía deseos de verse mezclado en el asunto. Cerró la puerta y echó a correr.

El teniente Cabbler había arrestado a una persona, como sospechosa de haber cometido varios asesinatos. El tenía también su sospechoso particular.

El bolso estaba sobre el tocador, observó Thomas. Pisando de puntillas, se acercó y lo abrió.

No había ningún arma en su interior. «¿La había dejado en alguna parte?», se preguntó.

Sheila apareció súbitamente ante su vista, anudándose el cordón de la bata.

—¡Mike! ¿Qué haces en mi casa? —exclamó.

Thomas la observó durante unos segundos.

—¿Hace mucho que has vuelto? —preguntó.

—Diez minutos, más o menos... Oye, ¿qué te pasa? ¿Por qué esa cara tan seria?

—¿Tienes el coche en el garaje?

—Por supuesto.

—Volveré en seguida.

Thomas abandonó el dormitorio por la ventana y dio la vuelta a la casa. El motor del coche estaba caliente, pero no había ningún arma en la guantera o en el maletero, como tampoco en alguno de los posibles escondites.

Cuando regresó, ella le dirigió una fría mirada.

—Mike, te aprecio muchísimo, pero si no te explicas de una vez, tendré que pedirte que dejes de verme para siempre —dijo.

—No tardarás en saberlo todo, descuida —contestó él—. Estarás

enterada, ya de la muerte de Marylou Amber.

—Sí, claro. La mató la misma que cometió los otros crímenes. Al menos, eso dicen los periódicos. Los has leído, supongo.

—En efecto, pero yo no creo que haya sido Opal Jarvis.

Sheila lanzó una carcajada.

—Esa chica ha perdido el juicio —exclamó burlonamente—. Su padre cometió un desfalco y fue expulsado de la sociedad. Ahora quiere vengarse de todas nosotras. Absurdo, ¿no te parece?

—Opal quería vengarse de una forma muy distinta y, por supuesto, sin derramamiento de sangre. Yo no sé si tiene o no razón, pero sé que no ha matado a nadie.

—Le ha salido un valiente defensor —rió Sheila—. Es joven, muy bonita...

—Sus características personales no tienen nada que ver con este asunto. Sheila, ¿conoces a Chad Wooker?

Ella se puso pálida en el acto.

—¿Quién te ha dado el nombre de ese cerdo?

—Ahora no importa eso demasiado. Hace años tú le rompiste una silla en la cabeza.

—Se lo merecía. Es un sujeto despreciable; quería explotarme y yo lo envié al diablo... Pero me parece que tú conoces muy bien la historia.

—La conozco, en efecto. Sin embargo, opino que no tienes por qué avergonzarte de tu pasado. Lo que sucede es que hoy mismo, no hace más de una hora, alguien le ha volado la cabeza a tu antiguo amigo.

Las piernas de Sheila flaquearon.

—Necesito un buen trago...

Comprensivo, Thomas la sujetó por un brazo.

—Estaremos mejor en el salón —sugirió.

Momentos después, Thomas ofrecía un vaso alto a la dueña de la casa. Después de un par de tragos, Sheila empezó a recobrar los colores.

—Mike, ¿quién ha matado a Chad? —preguntó.

—Eso es lo que me gustaría saber, Sheila.

—¿Acaso sospechas de mí? Hace muchos años que no le veo. Desde que tuvimos aquella pelea, él no volvió a verme. Jamás me llamó por teléfono ni volvimos a tener la menor relación, te lo juro.

—Sheila, has vuelto a casa poco antes de que yo llegase. ¿Dónde estabas hace una hora?

Ella señaló el teléfono.

—En el Paradise —contestó—. He cenado con mi abogado, Sam T. Query, su esposa y un amigo de ambos, llamado Bob Millerman. ¿Quieres el teléfono de Query? Nos reunimos a las seis y media. Bob condujo mi coche y se marchó luego con los Query...

«Parecía una buena coartada», pensó Thomas, en el momento en que llamaban a la puerta.

Sheila lanzó una exclamación de sorpresa, al reconocer a la visitante.

—¡Joyce!

Thomas se puso en pie. Una hermosa mujer, de unos treinta y cinco años, rubia y de elegante figura, apareció ante sus ojos.

—Perdona que venga a molestarte, Sheila —dijo la recién llegada—. Me encuentro muy deprimida y... Oh, no sabía que tuvieras visita...

—No te preocupes, Joyce; Mike Thomas es un buen amigo. Mike, te presento a la señora Slattery.

—Encantado, señora —dijo el joven.

—Mucho gusto —contestó Joyce. Se volvió hacia la dueña de la casa—. Puesto que tienes compañía, te dejaré...

—Oh, yo ya me iba —exclamó Thomas.

—Joyce, ¿qué te ocurre? —preguntó Sheila.

—Ya te lo he dicho; después de la muerte del pobre Mark, me siento terriblemente deprimida...

Sheila pasó un brazo por la cintura de su amiga.

—Vamos, vamos, procura tomártelo con calma —dijo persuasivamente—. Mira, lo mejor será que te quedes esta noche en mi casa. No te importará, ¿verdad, Mike? —Se volvió hacia el joven.

Thomas movió la cabeza, a la vez que sonreía.

—Creo que le conviene que la animes un poco —contestó—. Señora Slattery, siento mucho lo ocurrido. Sheila, ya te llamaré mañana.

—Está bien, Mike.

Thomas abandonó la casa. Sheila no había asesinado a Wooker,

estaba claro. Aunque de nombre, conocía al abogado Querry y le sabía honesto, además de sumamente competente. No, Querry no mentiría en un caso de homicidio. Pero si Sheila no lo había hecho, ¿quién, entonces, era el autor del crimen?

Al día siguiente, cuando dormía todavía, sonó el teléfono. Alargó la mano y pronunció su nombre con voz soñolienta.

—Eres un poco vago —dijo Holmes cáusticamente—. Hace ya más de tres horas que yo estoy levantado...

—Tú tienes que alimentar a los vagos como yo —contestó Thomas riendo—. ¿Qué te ocurre ahora?

—¿Te suena el nombre de Norma Brunner?

—Sí, un poco.

—Es una mujer estupenda, muy guapa..., viuda y, además, rica.

—Eso ya lo sé, Denis. Si no tienes que decirme nada más interesante...

—Mike, no te he llamado para hablarte del tiempo. Norma y Mark Jannsen fueron amantes en tiempos, incluso todavía vivía el señor Brunner.

—Tienes un buen servicio de información, Denis.

—No lo discutiré —contestó Holmes—. Pero todavía tengo que decirte más.

—Bien, habla.

—En tiempos, hablo de diez o doce años atrás, Norma, aún soltera, se graduó como experto mercantil. Ya sabes, contabilidad y demás. Luego se casó con Jack Brunner y le ayudó mucho en sus negocios. Lo cual no impedía que, siendo una mujer sensible atendiese también a otros asuntos que no tenían nada de comerciales.

—Comprendo.

—Es muy «asequible», Mike. Tú sabes lo que debes hacer.

—Gracias, Denis; lo tendré en cuenta.

Thomas colgó el teléfono. La información podía resultar interesante. Quizá Norma había intervenido en preparar el supuesto desfalco que había llevado a la eliminación de Jarvis de la sociedad. Pero también valía la pena tener en cuenta sus relaciones amorosas con el difunto Mark Jannsen.

—Será cosa de intentar la aproximación a esa viuda... alegre —murmuró, mientras empezaba a vestirse.

Pero antes, no faltaría más, iría a visitar a Opal Jarvis.

La chica estaba muy disgustada, saltaba a la vista, además de pálida. También se sentía furiosa.

—Usted ha hecho tanto o más que yo y está en la calle —dijo, indignada.

—Yo soy un ladrón profesional y no robo por venganza ni tengo un padre acusado de desfalco. Como puede apreciar, no tengo motivos para desear la muerte de ninguna de esas mujeres, ni de Jannsen ni de Wooker.

—Pero yo soy inocente...

—Han encontrado en su casa un traje negro muy comprometedor.

—He dicho que lo usé hace años en un baile de disfraces. Y además es verdad —respondió Opal.

—Pero no la creen.

Ella enseñó las palmas de las manos.

—Estoy aquí, ¿verdad?

—¿No tiene a nadie para probar una coartada?

—Aquella noche dormí sola, como siempre —respondió Opal mordazmente.

—Pues no deja de ser una lástima —dijo él en el mismo tono.

—¡Grosero! ¿Por quién me ha tomado?

—Por una chica un poco loca, que quiso atribuirse un papel que no le va. Eso es lo que le ha traído al otro lado de estas rejas. De todos modos, usted me gusta muchísimo y voy a tratar de ayudarla.

—No se moleste, muchas gracias. Los tratos con ladrones nunca me han agradado.

—Dijo la sartén al cazo: «Quítate, que me tiznas» —contestó Thomas con sorna—. Por oficio o por venganza, los dos somos ladrones. De todos modos, insisto; voy a ayudarla.

—Si lo hace; quizá acabe en la silla eléctrica.

—No se burle de mí, soy sincero...

El teniente Cabbler apareció de pronto en la sala de visitas.

—Hola —dijo—. Traigo buenas noticias. Está libre, señorita Jarvis.

Opal cerró los ojos un instante.

—Soy portador de la buena suerte —sonrió Thomas.

—No, lo que pasa es que trabajamos bien —alegó Cabbler—.

Primero, hemos comprobado que, efectivamente, la señorita Jarvis usó el traje como disfraz hace algunos años. Segundo, no hemos encontrado el arma homicida ni tampoco ella ha poseído jamás una pistola. Tercero, se sabe positivamente que aquella noche, a la hora del crimen, estaba en su casa.

—Vaya, ¿de dónde ha salido la coartada? —preguntó el joven.

—Un agente que hacía la ronda nocturna, la vio llegar, acompañada de un hombre, sobre la media noche. Ese guardia la conoce a usted, señorita Jarvis.

—Pero la señora Amber murió a la media noche... —alegó Thomas.

—El horario establecido por el forense es lo suficientemente impreciso para que no podamos formalizar una acusación en regla. Dentro de unos minutos tendrá listos todos los papeles, señorita —se despidió el teniente Cabbler.

—Estupendo, ¿no le parece? —exclamó el joven sonriendo.

Los ojos de Opal centellearon.

—¡Teniente! —llamó.

Cabbler se volvió, ya en la puerta.

—Si voy a salir, evite que este hombre me aguarde fuera. ¡No quiero verle más en los días de mi vida!

El policía soltó una risita.

—Podemos alejarle de la puerta de Jefatura, pero nada más. Si él quiere situarse a cincuenta pasos tan sólo, está en su pleno derecho —contestó.

Thomas echó a andar hacia Cabbler.

—No será necesario que me arrojen de aquí —dijo, sin volver la cabeza siquiera—. Uno ya es mayorcito como para entender las indirectas.

—¡Nada de indirectas; se lo he dicho bien claro! —gritó Opal.

—Las mujeres... —Thomas suspiró—. No hay quien las entienda, pero ¡son unos bichos tan agradables! ¿No le parece, teniente?

—¡Algunas, no! Algunas son verdaderas arpías —rió Cabbler.

—Si no tuviera la reja de por medio, les iba a tirar algo a la cabeza —dijo la chica furiosamente.

—Será mejor que nos vayamos, teniente; nuestra integridad corre peligro.

—Sí, es lo mejor —convino Cabbler.

CAPÍTULO VIII

La mujer estaba encaramada en un alto taburete, en un local de luces indirectas, con las paredes tapizadas en rojo. Se oía una música suave y las parejas que había en los divanes de los semirreservados hablaban en voz baja.

Era muy esbelta y vestía un traje plateado, con una moderada abertura en el costado izquierdo. El escote ofrecía un aspecto sumamente atrayente.

Con aire intrascendente, Thomas se sentó en un taburete vecino al que ocupaba Norma Brunner. Agitó la mano y pidió un martini.

Durante unos minutos, Thomas simuló concentrarse en saborear la bebida. De pronto, el barman puso un teléfono ante él.

—¿Señor Thomas?

—Sí.

—Una llamada para usted.

—Gracias.

Thomas se llevó el auricular a la cara. Escuchó un instante y luego dijo:

—No, lo siento, Willy... Ahora estoy de descanso... Mira, déjame de inversiones por el momento. Sólo tengo ganas de divertirme un poco, ¿comprendes? Bueno, puede que sea un excelente negocio, pero en esta vida hay algo más que amontonar dinero... ¿Que necesito un experto en contabilidad para dirigir bien mis asuntos? Oye, mira, sé contar con los dedos y eso es todo lo que necesito... Adiós, Willy, ya te llamaré otro rato.

Al terminar, Thomas hizo un gesto y el barman se llevó el teléfono. A su lado sonó una insinuante voz de mujer:

—¿Fuego, caballero, por favor?

Thomas se volvió, con un encendedor de oro en la mano derecha.

—Con mucho gusto, señorita —dijo—. Aunque me parece que el

que va a arder seré yo, sólo por verla a usted.

Norma Brunner lanzó una suave risita.

—Es usted algo exagerado —contestó—. Hay muchas mujeres más bonitas que yo, señor...

—Thomas, Mike Thomas.

—Me llamo Norma Brunner.

—Encantado, señorita...

—Señora, pero puede llamarme Norma. Usted no vive aquí, me parece.

—Estoy de paso, aunque puede que me quede algún tiempo. Tengo negocios importantes.

—Sí, ya he oído algo. Pero usted es de la clase de hombres que me agradan.

—¿Por qué?

—Mike, aunque haya sido indiscreto por mi parte, he escuchado la conversación que tuvo con su agente. Usted ha dicho que en este mundo no todo consiste en amontonar dinero.

—Claro. De vez en cuando, conviene un poco de diversión. Al menos, eso es lo que me parece.

Norma entornó los ojos.

—¿Qué clase de diversión, Mike?

Thomas hizo un gesto con la mano.

—La que podría apetecer un hombre joven y no mal parecido —contestó.

—Hay muchas clases de diversiones, Mike.

Thomas lanzó una crítica mirada al seductor escote de la mujer.

—Yo me refería a una sola de esas clases... precisamente la más agradable. —Levantó los ojos y fijó la mirada en el rostro de Norma, con insistencia, casi insolentemente—. Pero, claro está, hay cosas que no se pueden mencionar en presencia de una verdadera dama.

—Mike, gracias por el elogio, pero quizá ha olvidado que también una dama es un ser de carne y hueso.

Thomas puso un par de billetes sobre el mostrador.

—Me gustaría continuar la conversación en otro sitio —propuso—. ¿Por qué no me lo indica usted ya, Norma?

Al entrar en el apartamento, Thomas lanzó en derredor una mirada apreciativa.

—Sabe vivir bien, Norma —elogió.

—Yo digo como aquél: Hay dos clases de vida. La buena vida y la otra, pero la otra no es vida.

Thomas lanzó una cortés carcajada.

—Muy cierto —convino.

—¿Me permite unos minutos, Mike? Voy a retocarme un poco... Allí tiene una mesita, con bebidas. Sírvese a su gusto.

Norma se dirigió hacia la escalera que comunicaba el salón con el plano superior donde se hallaban las restantes habitaciones del apartamento, situado en un ático. No era realmente un *dúplex*, sino una vivienda muy amplia, en la que el salón parecía la pieza principal y estaba situado a un nivel inferior al del resto del habitáculo.

Ciertamente, la casa estaba puesta con mucho gusto. Pero Thomas no se hacía demasiadas ilusiones. «Dinero en abundancia y un buen decorador, eso lo arreglaba todo», pensó.

Sentado en un diván, contempló al trasluz el contenido de su vaso alto, mientras calculaba la forma en que debía atacar el asunto. ¿Cómo preguntarle a Norma por sus antiguas relaciones con Janssen?

De pronto, sintió que le quitaban el vaso de la mano.

—¿Preocupado? —sonrió Norma.

Estaba frente a él, ataviada con lo que parecía una bata corta de luchador, una prenda cortísima, realmente, ya que apenas llegaba a unos centímetros por debajo de las caderas. Las piernas eran de un torneado perfecto, apreció el invitado.

—No, estaba pensando en ciertos aspectos de mi negocio... Cosas de contabilidad, pero no tienen importancia.

—Oh, contabilidad. —Norma se sentó a su lado—. Podrá parecerle extraño, pero soy experto mercantil graduado.

—Vaya, el mundo da muchas vueltas.

—¿Qué tienen que ver las vueltas que da el mundo?

—Nada, pero es una frase que hace muy bonito —rió él a carcajadas.

Norma se le unió en las risas.

—Eres muy simpático —dijo—. Tal vez si me cuentas tus problemas financieros...

—No sé, quizá un día... Tengo un contable del que no me fío

demasiado. Diríase que me «truca» los libros en beneficio propio, pero no puedo demostrarlo, ¿comprendes?

Ella dejó de sonreír repentinamente.

—Si es hábil, no se le podrá demostrar —aseguró.

—Bueno, quizá sean sólo sospechas sin fundamento, pero ¿por qué no dejamos el tema a un lado? Escucha, voy a hacerte una pregunta.

—Sí, Mike.

—¿Eres casada, soltera o...?

—Viuda. Mi esposo murió hace un año.

—Lo lamento.

Norma sonrió, sin separar los labios.

—No mientas —dijo.

—¿No lo sientes tú?

—Aquello ya pasó, Mike. La vida sigue.

—Es cierto. —Thomas apuró el vaso—. Bien, gracias por la invitación...

Cuando ya estaba en pie, Norma tiró de su brazo y le hizo sentarse de nuevo.

—Creía haberte oído que no tenías prisa —dijo.

Thomas meditó la respuesta un segundo. Luego se inclinó hacia ella.

—Ninguna —murmuró ardorosamente, mientras buscaba sus labios.

Mucho más tarde, Thomas se irguió ligeramente. Norma dormía como un tronco, la rubia cabellera extendida sobre la almohada y los brazos fuera del embozo de las sábanas. Con grandes precauciones, abandonó el lecho y se vistió sin hacer el menor ruido.

En el plano alto de la casa había varias habitaciones. Antes de registrar las otras, Thomas buscó en el tocador. Todo lo que Norma tenía allí era una pulsera y un pequeño collar de perlas, además de dos pares de pendientes. Sólo la pulsera era de buena calidad; el resto era bisutería fina, simplemente.

En el bolso tenía un par de cientos de dólares. Thomas los dejó, con una mueca. Luego buscó una habitación en la que pudiera haber una caja de caudales.

De vez en cuando, movía los cuadros de la decoración. Al fin,

después de un buen rato, encontró la caja de caudales.

Tras algunos segundos de indecisión, se echó aliento en los dedos y empezó a mover la ruedecilla de la combinación. De repente, sintió algo frío en la nuca.

—Deje eso para mí.

Thomas se irguió, sobresaltado.

—Por todos los diablos...

—Ande, váyase a contentar a esa zorra. Parece que es lo mejor que sabe hacer —dijo Opal despectivamente.

—Si no me da parte de lo que encuentre, gritaré.

—Estoy dispuesta a tirar de gatillo, Mike; y no hablo en broma —advirtió la chica cortantemente.

—¿Todavía le dura la furia?

—Me durará mucho tiempo. Váyase.

—¿No teme que llame a la policía?

—He cortado el teléfono.

—Piensa en todo —suspiró él—. Pero ¿no me dará...?

—No. ¡Fuera!

Thomas se encogió de hombros. Ni siquiera se le ocurrió preguntar a la muchacha cómo había entrado en la casa; era fácil imaginárselo. Se volvió desde la puerta y vio que ella vestía una camisa negra, cerrada, con pantalones muy ajustados del mismo color. El pelo quedaba sujeto por un pañuelo también negro, anudado en la nuca.

—No le falta imaginación para sustituir el disfraz de gatita —dijo.

Volvió al dormitorio. Entonces vio a Norma en pie, junto al tocador.

Ella le dirigió una mirada acusadora.

—Dame la pulsera —pidió.

Thomas hizo un gesto de resignación. Sacó la pulsera y la dejó sobre el tocador.

—Lo siento —dijo.

—Me has defraudado. Vete, Mike.

—Aguarda un momento, Norma...

Súbitamente, Norma tiró de un cajón una pistolita de pequeño calibre.

—No me obligues a disparar —dijo.

Thomas cerró los ojos un momento. Dos mujeres, ambas armadas, pero cada una de ellas ignorante de que la otra tenía su propia pistola. ¿Qué pasaría si llegaban a encontrarse?

De pronto, cruzó los brazos.

—No voy a marcharme y tú no vas a disparar contra mí —dijo. Era preciso dar tiempo a que Opal terminase su tarea. Si las dos mujeres se encontraban, el choque se saldaría a tiros.

—Me has defraudado por completo, Mike. Tú no eres negociante ni cosa que se le parezca, sino un vulgar ladrón...

—¿Vulgar?

Norma sonrió, repentinamente ablandada.

—Si querías dinero, ¿por qué no lo dijiste francamente? —preguntó.

—Norma, ¿qué habrías pensado de mí si te lo hubiera pedido?

Ella remoloneó un poco. Luego, dejó la pistola sobre el tocador y se colgó de su cuello.

—Debo de ser tonta —murmuró—. ¿Cuánto pensabas sacar de la pulsera?

—Oh, quizá un par de miles...

—El asunto económico se podría solucionar, si tú quisieras, Mike.

—¿Cómo? ¿De qué forma?

Ella le mordió los labios.

—Ahora no hagas preguntas —suspiró largamente.

Thomas empezó a rendirse. Aparte de que Norma era realmente muy atractiva, no podía olvidar a Opal por completo. Había que darle tiempo a que terminase su tarea..., aunque luego tenía sus propios planes sobre el particular.

Abrazó a la mujer. De pronto, vio algo que le hizo sobresaltarse.

El tocador quedaba casi detrás de él. Con la mano derecha, tanteó hasta asir la culata del revólver.

Una de las paredes del dormitorio era una gran vidriera, oculta en aquellos momentos por unas cortinas de tejido muy espeso. Al otro lado había una terraza.

Las cortinas se movían. De repente, asomó una mano armada, con una pistola provista de silenciador.

Thomas levantó el revólver y empezó a disparar. Norma chilló enloquecidamente. Thomas disparó cuatro veces muy seguidas. Los

disparos sonaron como latigazos. El olor a pólvora quemada se expandió desagradablemente por la atmósfera.

De repente, las cortinas se movieron violentamente. Un cuerpo humano cayó al interior del dormitorio. Norma lo vio y chilló espantosamente.

Thomas inspiró con fuerza. Empujó a la mujer con una mano:

—Vístete, pronto.

Norma corrió a ponerse una bata, mientras sollozaba histéricamente. Con el arma en la mano, Thomas se acercó al caído, que ya no se movía.

Mentalmente, maldijo lo sucedido. Ahora se iba a ver metido en un buen compromiso, pensó, mientras se arrodillaba junto a la figura que yacía sobre la alfombra.

Con una mano, le dio la vuelta. El muerto era un hombre de unos cuarenta años, no mal parecido, pero, aun así, de rasgos duros bien definidos. Su pecho estaba completamente lleno de sangre.

Parada junto al lecho, Norma le miraba con ojos llenos de terror.

—¿Está...?

—Sí —dijo él, a la vez que se ponía en pie—. Lo siento, no tenemos otro remedio que llamar a la policía.

—E... el teléfono está en la sala...

Thomas abandonó el dormitorio. Cuando levantaba el teléfono, se acordó de algo que le había dicho Opal.

El teléfono funcionaba, comprobó, con no poco alivio. Opal había faroleado en ese sentido. Pero no se lo reprochó; la cosa habría sido más difícil de explicar si los policías, al llegar, se hubieran encontrado con el hilo cortado.

El teniente Cabbler asomó por la puerta que daba al dormitorio. Thomas y Norma, además de algunos agentes de uniforme, estaban en el salón.

—¿Era suyo el revólver, señora? —preguntó.

—Sí. Tengo licencia —contestó Norma.

Cabbler hizo una seña. El sargento Harris volvió al dormitorio.

—El muerto es Nick Foran, un pistolero profesional. Usted, señor Thomas, no ha tocado nada de sus bolsillos —dijo Cabbler.

—No, teniente. Me pareció lo más prudente.

—Hizo bien. Foran tenía dos mil dólares, Parece que le pagaron por cometer un asesinato.

—Pero ¿por qué? ¿Qué le habíamos hecho nosotros?

Cabbler volvió los ojos hacia Norma.

—Usted, no, señor Thomas —contestó—. Posiblemente, el «contrato» se refería a la señora Brunner.

—¿Quiere decir que alguien le pagó para asesinarla? —exclamó Thomas.

—Exactamente. Y por dicha razón, la señora Brunner va a responderme a una serie de preguntas que le voy a formular de inmediato. Usted, señor Thomas, esperará su turno.

—Bien, teniente.

Cabbler miró al joven durante unos segundos.

—Es curioso —dijo tras una pausa—. Resulta un tanto extraño que se encontrase usted aquí en el momento del atentado.

—No tiene nada de extraño, teniente, pero no le daré explicaciones en público, al menos, sin permiso de la señora Brunner.

—Sí, ya me lo imagino. Por favor, señora...

Cabbler y Norma se marcharon a otra habitación. El sargento Harris se cruzó con ellos.

—Teniente, la señora Brunner tiene en regla su licencia de uso de armas —informó.

Cabbler se volvió hacia la sala.

—Resultará interesante conocer los motivos por los cuales el señor Thomas empleó un arma que no le pertenecía —dijo.

—Quizá el cadáver de Foran se lo aclare todo, teniente —contestó el joven sin pestañear.

CAPÍTULO IX

La puerta se abrió en el más completo silencio. Vestido enteramente de negro, Mike Thomas encendió una diminuta linterna que había llevado consigo y se alumbró el camino, a fin de evitar un tropezón delator.

La casa estaba en completo silencio. Thomas empezó a moverse sigilosamente. Media hora más tarde, tenía en las manos una bolsita de terciopelo negro. Al abrirla, vio un vivísimo centelleo en su interior.

Sonrió, mientras se colgaba la bolsita de su cinturón. Luego, paso a paso, se encaminó a una de las habitaciones interiores. El rumor de una sosegada respiración llegó a sus oídos.

Al llegar junto a la mesilla de la noche, encendió la luz y se sentó en el borde del lecho. Opal se sentó casi instantáneamente, sobresaltada por la presencia de un extraño en su casa.

—¿Eh...? ¡Usted! —exclamó, al reconocer a su inesperado visitante.

Thomas sonrió ampliamente.

—El mismo —dijo—. Oiga, ¡qué camisón tan bonito!

Opal se subió las sábanas para cubrirse el pecho.

—¿Acaso cree que mi cama es tan accesible como las de otras furcias? —contestó, muy irritada.

—Jamás se me ocurriría pensar una cosa semejante de usted, se lo juro —dijo él, muy serio—. Pero me pareció que debía venir a verla. Tenemos que hablar. Opal.

—Yo creo que no...

—Vamos, vamos, deponga su actitud de niña tonta y malcriada. Ya es mayorcita para comprender las cosas de la vida. Sobre todo, cuando se ha dedicado al peligroso juego de recuperar por la fuerza algo que le quitaron hace tiempo.

—Es nuestro, usted lo sabe bien.

—Habría mucho que discutir, pero, a fin de cuentas, yo no fui el perjudicado. ¿Oyó los tiros?

—Sí, y también he leído los periódicos. Se portó usted como un pistolero del Oeste.

—Iba a matar a la señora Brunner. Me anticipé a él eso es todo. ¿Por dónde escapó usted?

—El despacho tiene una puerta que da a la terraza. Salí, pasé al otro apartamento y así pude marcharme tranquilamente. Ah, el otro apartamento está desocupado.

—Se informó bien, ¿eh?

—¿No le parece lógico que debía hacerlo?

Thomas se puso en pie.

—Vístase. Estaré en la cocina, junto a la cafetera.

La bolsa con las joyas estaba bajo la chaqueta, que llevaba holgadamente, con los botones sueltos. Opal, por tanto, no podía verla.

La joven llegó minutos después, envuelta en una bata.

—¿Por qué querían asesinar a Norma Brunner? —preguntó.

—Han muerto ya dos viudas —dijo él—. Por ahora, podemos olvidarnos de Jannsen y de Chad Wooker, aunque ello tendrá su interés en el momento oportuno. Ahora, sin embargo, nos interesan las viudas.

—¿Por qué?

—Primero, Norma fue amante de Jannsen hace años. Segundo, es un experto contable de primera clase, según mis informes.

Opal entornó los ojos.

—Brunner era el supervisor de contabilidad de la empresa —dijo.

—Ahí es donde yo quería ir a parar. Es muy probable que fuese Brunner, en combinación con su esposa, quien arreglase los libros.

—Parece que comprendo...

—Ese punto sí resulta fácilmente comprensible, aunque no se pueda acusar a Norma de haber cometido nada ilegal. En cambio, lo que no acabamos de entender son los motivos de las muertes de esas dos mujeres, más el atentado frustrado contra Norma, aparte de los asesinatos de Jannsen y de Wooker. Pero todo tiene relación con los siete hombres que murieron envenenados hace un año.

—Si fue un crimen, es preciso reconocer que se ejecutó con

pasmosa sangre fría.

—Yo hablaría mejor de habilidad. Envenenar a siete personas y conseguir que se emita un veredicto de muerte accidental, es la consecuencia de una enorme habilidad, puesta al servicio de una mente sumamente clara... y ambiciosa.

—Usted piensa que ese crimen fue ejecutado por una de las siete viudas. Alguna de ellas sospechó la verdad y fue asesinada.

—Exactamente. Por tanto, lo que importa ahora es descubrir a la culpable. En mi opinión, ha cometido un error.

Thomas llenó la taza de la joven.

—¿Cuál es el error, Mike? —preguntó Opal, mientras removía el azúcar.

—Contratar a un pistolero profesional. Ciertamente, la culpable no esperaba que Foran muriese, pero cuando se encontrase el cadáver de Norma, se hallaría que la bala, o las balas encontradas en su cuerpo, procederían de una pistola distinta a la usada hasta ahora, cosa que ha demostrado concluyentemente el informe de Balística.

—Pero eso no es un error, sino una prueba de su astucia.

—Error, insisto, aunque, por el momento, parezca ingenio. Foran era un profesional y cobraba caro. Se le encontraron dos mil dólares en los bolsillos, billetes usados, por supuesto. Pero no es fácil contratar un pistolero profesional sin hacer preguntas.

Opal arqueó las cejas.

—Y usted cree que encontrará por ahí un rastro...

Thomas sonrió maliciosamente.

—Soy un miembro del hampa, no lo olvide —dijo.

—A veces pienso que no es lo que parece, al menos en ese sentido. En otro aspecto, sí, realmente es lo que parece.

—¿Qué soy, Opal?

—Un sinvergüenza.

Se oyó una alegre carcajada.

—La vida está para ser vivida —contestó él—. Por supuesto, sin hacer daño a los demás..., demasiado daño, claro.

—Es un punto de vista —dijo Opal fríamente—. Por cierto, ¿cómo pudo disparar tan oportunamente?

Thomas relató lo sucedido.

—Al fin, se ablandó —dijo—. Pero todo mi interés estaba

centrado en distraerla. Imagínese que se encuentran las dos, ambas armadas. Cada vez que pensaba en esa posibilidad, se me ponían los pelos de punta.

—Usted disparó junto al tocador...

—Ella había despertado y vio que faltaba la pulsera, ya se lo he contado.

—¿Le dijo lo mismo al teniente Cabbler?

—Por supuesto que no. Mentí en parte. Dije que ella creía que yo le había robado una pulsera y que luego resultó que estaba en otra parte. Como me había amenazado primero y luego dejó el arma sobre el tocador, yo la empuñé cuando vi que Foran se disponía a hacer fuego contra su presunta víctima.

—Cabbler aceptó sus disculpas.

—Estoy aquí, ¿no?

Opal frunció el ceño.

—Son las tres de la madrugada. Foran murió hace casi veinticuatro horas. ¿Por qué ha tardado tanto en venir a verme?

—Era la hora adecuada, Opal.

—¿Por qué?

Thomas abrió la chaqueta y enseñó la bolsita con las joyas, que llevaba colgada del cinturón.

—Voy a devolvérselas —dijo.

—¡No, son mías! —gritó ella, furiosa.

El joven se encaminó hacia la puerta.

—A estas horas, Norma ha echado ya en falta sus joyas. Tengo que devolvérselas, insisto.

—Pero ¿por qué?

—Primero, por usted misma. Segundo, para ganarme aún más su confianza. Adiós, preciosa.

Opal dio un paso hacia adelante, pero se contuvo en el acto. Resignada, dejó caer los brazos a lo largo de sus costados.

—Sí, es un sinvergüenza —dijo entre dientes.

Con ojos deslumbrados, Norma Brunner contempló la catarata de chispas que caía sobre la mesita. Tenía la boca abierta y tardó algunos segundos en reaccionar.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó.

—Te seré sincero —dijo él—. Anoche robé tu caja fuerte.

—Y... y lo dices tan... tan tranquilamente...

—Estoy arrepentido. Norma, yo no soy lo que tú piensas. Cuando entré en el Black Pearl y te vi, pensé que me sentaría bien hacerme pasar por un importante hombre de negocios. Hablando con sinceridad, ya tenía algunos informes tuyos y sabía que eres una mujer acaudalada.

—Pero te marchaste con las joyas y nadie se enteró...

—Las había escondido previamente. Para un profesional, no es difícil.

—No conocías la combinación de la caja fuerte.

—Soy un profesional. —Thomas besó la mano de Norma—. Pero también a veces, tengo un poco de corazón. Aparte de tu belleza, vales mucho. No dormiría tranquilo, pensando en que sufrías por tus joyas... Ya encontraré otra caja fuerte, no te preocupes.

Los ojos de Norma se humedecieron.

—Oh, Mike, me vas a hacer llorar...

—No llores, que te pondrás muy fea. —El joven se puso en pie—. Bueno, ahora ya lo sabes todo. No nos veremos más.

Norma se levantó de un salto.

—¡Aguarda! —dijo con vehemencia—. Tú me salvaste la vida. Además, has sido sincero conmigo. Eso es algo que no puedo olvidar.

—¿Adónde quieres ir a parar ahora?

—No quiero que te marches de mi casa con las manos vacías. Te daré un cheque...

—Norma, yo no soy un *gigoló* —exclamó él severamente—. Y en esta ciudad sobran mujeres ricas con muchas joyas.

—Bueno, al menos, déjame hacerte un regalo. —Ella sonrió, mientras revolvía las joyas con la mano—. Elige la que más te guste.

—¿Para qué la quiero yo?

—Hombre, yo me imagino que tendrás un comprador...

—Claro, un ladrón de joyas sin comprador, es como un agricultor sin tierras que cultivar.

—Entonces, no te lo pienses más.

Thomas sonrió para sí. Había algunas joyas realmente valiosas. «Lo que puede el dinero», pensó melancólicamente.

Con el índice y el pulgar de la mano derecha, alzó una preciosa sortija de platino, en la que se veía un enorme zafiro, rodeado de

brillantes.

—¿Te parece bien?

Norma aplastó sus labios contra los del joven. Luego le dirigió una ardiente mirada.

—Si quieres más...

De pronto, llamaron a la puerta. Norma dijo una palabrota entre dientes.

—Espera —murmuró Thomas—. Creo que no conviene que me vean aquí. Guarda las joyas, rápido.

—Sí, tienes razón.

Thomas escapó hacia el dormitorio, pero quedó cerca de la puerta. Las voces de dos mujeres sonaron muy pronto.

—Nos hemos enterado de lo sucedido —dijo Sheila Dow.

—Celebro infinito que no te haya sucedido nada —manifestó Joyce Slattery.

—Tuve suerte, eso es todo. ¿Os apetece algo de beber?

—Norma, he venido a hablarte muy en serio. ¿Sabes quién es el hombre que estaba contigo cuando quisieron matarte? —preguntó Sheila.

—¿Tienes que decir algo malo del señor Thomas? —preguntó la señora Brunner con acento hostil.

—Es un ladrón. A mí me robó las joyas.

—No he leído nada en los periódicos, Sheila.

—Desconfía de él, Norma —aconsejó Joyce.

Norma miró alternativamente a las dos mujeres.

—¿Por qué sois tan caritativas? —dijo, irónica.

—Te queremos bien —declaró Sheila.

—Y no nos gustaría que te sucediese nada malo —añadió la otra.

—¡Cuánta amabilidad! —se burló Norma—. Escuchadme las dos bien: gracias por la visita, pero podéis iros al diablo. ¡Largo, zorras!

Joyce respingó. Sheila apretó los labios.

—Hemos venido a ayudarte —dijo—. Si no nos haces caso, no te quejes luego de lo que suceda. Alguien podría enterarse de cierto apañó que hiciste en unos libros de cuentas. El supuesto culpable todavía vive y podría ponerte en un buen apuro.

Norma alzó la barbilla despectivamente.

—Diríase que estás celosa, Sheila —exclamó.

—Ya lo has oído. Vámonos, Joyce.

—Sí, desde luego.

La puerta sonó con fuerza. Norma pareció muy preocupada de repente. ¿Habría oído Mike aquella conversación tan poco amistosa?

Al cabo de unos segundos, corrió hacia el interior de la casa.

—¡Mike! —gritó.

Pero sus llamadas se perdieron en el vacío. Thomas había desaparecido misteriosamente y ello la dejó perpleja y un tanto asustada.

De repente, pensó que lo mejor sería abandonar la ciudad por una temporada.

CAPÍTULO X

Con aire negligente, Thomas se sentó en un ángulo de la mesa y enseñó la sortija.

—¿Qué te parece, Denis?

Holmes estudió la joya unos instantes. Luego se quitó las antiparras y se puso en el hueco orbital una lente de joyero.

Thomas encendió un cigarrillo. Al cabo de unos momentos, Holmes se quitó la lente.

—Seiscientos, Mike.

—Vale cuatro mil, por lo menos.

—Lo sé, pero no puedo darte más.

—Hombre, Denis...

—Me debes cinco mil. Oye, en los últimos tiempos, te dedicas a otra clase de trabajo. Así no ganarás para cubrir la deuda, de modo que o te dedicas de lleno a la faena o romperemos las amistades.

—¡Caramba, Denis, te pones duro! —protestó Thomas.

Holmes volvió a colocarse los lentes.

—Tengo que ser un poco duro —admitió—. De todas formas, eres un buen chico y por eso te concedo crédito. Pero no te demores demasiado.

—Está bien, está bien, vengan los seiscientos «pavos». Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro. ¿De qué se trata?

—Verás, yo estaba con Chad Wooker cuando se lo «cargaron». Tuve que largarme, como puedes comprender. Pero no entiendo por qué tenían que liquidarlo.

—Chad murió porque, probablemente, no sabía tener la boca cerrada. Eso pasa con frecuencia, ¿sabes?

—Tomaré ejemplo —rió el joven—. ¿Sabes si era amigo de Foran?

Holmes lanzó una mirada recelosa hacia su interlocutor.

—¿Qué diablos te preocupa a ti ese asunto?

—Caramba, yo estaba con Wooker cuando lo liquidaron. Foran iba a matar a la señora Brunner. Has leído los periódicos, ¿no?

—Sí, los he leído. Esa prójima tuvo suerte.

—Foran eligió mal el momento.

—Seguro. Foran y Wooker fueron amigos en tiempos, eso es todo lo que puedo decirte. Pero si quieres un consejo, dedícate a lo tuyo. Lo haces bien, así que olvida lo demás.

—Conforme, Denis.

Holmes abrió un cajón y contó el dinero. Thomas hizo un rollo con los billetes, los guardó en el bolsillo y se dispuso a salir.

—Espera un momento, Mike —llamó Holmes.

Thomas se volvió.

—¿Sí?

—Esa fulana..., la que nos robó aquel lote de joyas... ¿Has sabido algo de ella?

—Nada, en absoluto.

—Está bien, Mike.

Una vez en la calle, Thomas subió a su coche y se dirigió a la taberna en la que había sido asesinado Chad Wooker.

El dueño del local se llamaba Lem Tower y miró al joven con infinito respeto.

—Una copa, por cuenta de la casa —dijo.

Thomas sonrió.

—Gracias, amigo —aceptó la invitación—. Lamento lo que sucedió el otro día. Comprenderá que no me convenía quedarme aquí.

—No les dije nada a los policías. Yo sé callar cuando resulta útil —declaró Tower.

Thomas sacó unos billetes del bolsillo.

—Y yo sé demostrar mi agradecimiento —dijo—. Lem, ¿por qué mataron a Wooker?

Tower se encogió de hombros.

Sheila lanzó una exclamación de sorpresa, al reconocer a la visitante.

—¡Joyce!

Thomas se puso en pie. Una hermosa mujer, de unos treinta y

cinco años, rubia y de elegante figura, apareció ante sus ojos.

—Perdona que venga a molestarte, Sheila —dijo la recién llegada—. Me encuentro muy deprimida y... Oh, no sabía que tuvieras visita...

—No te preocupes, Joyce; Mike Thomas es un buen amigo. Mike, te presento a la señora Slattery.

—Encantado, señora —dijo el joven.

—Tarde o temprano, hubiera tenido que acabar así —contestó.

—Tengo entendido que era amigo de Nick Foran.

—Sí, bastante. Yo los vi juntos más de una vez.

—¿Sabía usted que Foran era un asesino profesional?

—Bueno, se oyen cosas... Oiga, en mi oficio, la discreción es la norma, ¿comprende?

Thomas sonrió.

—Sí, he podido apreciarlo —dijo—. Gracias, Lem.

De pronto, se oyó una voz de mujer:

—Eh, tú, dame un poco de veneno.

Tower enarcó las cejas. Thomas, en cambio, permaneció inmóvil.

—¿Qué quieres, guapa? —preguntó el tabernero.

—Vodka, por ejemplo. Oye, esto está muy desanimado. ¿Es que no tienes clientes?

—Todavía es un poco temprano.

Thomas ocultó una sonrisa. Con el rabillo del ojo, contempló a Opal, quien vestía un traje negro, muy ajustado, con un enorme escote y abierto por el costado izquierdo, hasta enseñar los encajes de sus pantaloncitos negros.

Tower sirvió la bebida.

—Un dólar —pidió.

—Eres caro, amigo —dijo Opal—. Oiga, ¿tiene fuego? —Se dirigió al joven.

Thomas sacó su encendedor.

—Si buscas un cliente, ya lo tienes. ¿Cuál es tu tarifa, nena?

Opal saltó en su asiento.

—Pues... depende del cliente —contestó.

—Lem, la bebida de la señora, por mi cuenta. —Thomas dejó otro billete en el mostrador—. Anda, vámonos, hermosa.

Thomas tiró del desnudo brazo de la chica, antes de que ella

hubiese podido dar cuenta de su copa, y la condujo hasta uno de los reservados de la taberna. En aquellos momentos, los dos eran los únicos clientes del local.

—¿Les llevo algo? —consultó Tower a gritos.

—Sí, desde luego.

Thomas empujó a la chica hacia el diván.

—Estás loca —rezongó.

Ella le miró desafiadoramente.

—También yo tengo derecho a investigar, me parece —exclamó.

—Pero con ese aspecto de... de buscona...

—¿De qué otra forma se puede venir a este antro?

Tower entró con una bandeja y dejó dos vasos sobre la mesa.

—A divertirse, chicos —se despidió alegremente.

Opal estaba roja como una guinda.

—Ese hombre se ha creído...

—Claro, no te conoce —contestó Thomas de mal humor—. Estás loca, loca de remate. Francamente, me gustaría darte una buena zurra en el trasero.

—¡Ni lo intentes! —gritó ella.

—No te preocupes, no te tocaré. Pero al menos voy a pedirte una cosa: deja este asunto. Apártate definitivamente. Robando joyas no vas a mejorar la situación de tu padre.

—¡Quiero vengarle! ¡Ellos destrozaron su vida! —dijo Opal obstinadamente.

—Vamos, no seas melodramática. Le jugaron una mala pasada, eso es todo. ¿No dices que encontró un nuevo empleo?

—Ahora podría vivir mucho mejor...

—Ahora podría estar muerto. Si hubiese entrado a formar parte de la sociedad, habría asistido a aquella famosa reunión. Y está vivo, ¿comprendes?

Opal se echó a llorar.

—Pero él es inocente...

—Lo sé. Otra persona arregló los libros.

—¿Quién fue? ¡Dímelo, Mike!

Thomas hizo un gesto negativo.

—Será mejor que te retoques un poco —aconsejó—. De lo contrario, vas a salir con la cara churretosa. Así no conseguirás ningún cliente.

—Yo sólo quería seguirte...

—¿Hasta el fin del mundo?

—No seas estúpido. ¿O es que crees que voy a caer en tus brazos sólo porque digas unas cuantas palabras melosas?

—Cuando caigas en mis brazos, será sin necesidad de palabras.

Opal apretó los labios. Luego abrió el bolso y sacó una polvera con espejito. Al cabo de unos momentos se puso en pie.

—Está bien, podemos marcharnos —dijo.

—Te dejaré en tu casa.

—Como quieras.

Cuando salían, había ya algunos clientes en la taberna. Las luces del exterior empezaban a encenderse.

Thomas abrió la portezuela del coche. Opal se sentó, con las rodillas muy juntas.

—No sirvo para ciertos papeles —dijo, de mala gana.

—Pues el tabernero se lo creyó —sonrió el joven.

—Será que no tiene ojos en la cara.

—Te sientes frustrada, Opal. A tu edad, eso no es bueno. Dime, antes de ser ladrona, ¿en qué trabajabas?

—Estudio. Quiero ser abogado.

—No es mala perspectiva. Quizá tengas que defenderme un día.

—La igualdad de los dos sexos es un hecho. Seré fiscal y haré que te condenen a un montón de años de cárcel.

Thomas se echó a reír.

—Me quieres muy mal, preciosa.

—Si he de ser sincera, te odio.

—Eso es magnífico. Del odio se pasa al amor muy fácilmente.

—Tú no me conoces bien, especie de sinvergüenza. Por cierto, ¿qué has logrado con la devolución de las joyas? ¿Más arrumacos de esa chiflada que es Norma Brunner?

—Opal, Norma tiene muy poco de chiflada y sí mucho de lista e inteligente. ¿Sabías que es graduada en ciencias mercantiles?

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. Ella fue la que arregló los libros.

—Increíble, Mike.

—Rigurosamente cierto.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Yo me lo supuse, en cuanto obtuve la información. Alguien me

lo confirmó más tarde.

—Eres un tipo astuto, Mike, debo reconocerlo. ¿Cómo consigues averiguar tantas cosas?

—Hombre, soy joven, no mal parecido, sé hablar a las mujeres...

—Conmigo, eso no daría resultado.

—Todavía no lo he probado en serio.

—Ni lo intentes siquiera, porque te quedarás sin dientes.

—¿Me los romperás tú?

—Era sólo una metáfora. Perderás el tiempo, Mike, te lo aseguro.

—Bueno, cuando llegue el momento, tendré ocasión de comprobar si me rompo los dientes o conquisto la fortaleza.

Ella le sacó la lengua. De repente, Thomas lanzó una exclamación.

—¿Qué sucede? —preguntó Opal.

Thomas empezó a maniobrar para arrimar el coche a la acera. En aquellos instantes, acababan de salir de un semáforo y la velocidad era muy reducida. Ello le había permitido ver algo que había llamado considerablemente su atención.

Segundos más tarde, saltaba del coche. Opal le siguió en el acto.

Thomas se acercó a otro coche, parado junto a la acera. En el barrio residencial por el que cruzaban, el tráfico era muy escaso y los transeúntes apenas si se veían.

Opal corrió detrás del joven. De pronto, vio que se erguía, completamente demudado.

—Hay que llamar a la policía —dijo él.

La chica palideció.

—¿Qué pasa? —preguntó.

De pronto, vio a la mujer que parecía dormir en el asiento delantero del coche, tras el volante. Al comprender la verdad, estuvo a punto de lanzar un grito de susto.

—Dios mío, es Norma Brunner.

—Sí, y esta vez, el asesino ha conseguido un éxito completo —dijo Thomas ceñudamente.

CAPÍTULO XI

Sheila Dow se sintió muy sorprendida al reconocer a su visitante.

—Pensé que estarías en las antípodas —dijo cáusticamente.

—No me he movido de la ciudad —sonrió Thomas—. ¿Puedo pasar?

—Debería expulsarte a patadas, pero soy muy compasiva. No obstante, si buscas... algo, pierdes el tiempo.

—Sheila, deja que me explique...

Ella se inclinó para tomar un cigarrillo de la caja que había sobre una mesita auxiliar. Después de golpearlo contra la uña del pulgar, se lo puso en los labios.

—Hablar no cuesta nada —dijo, aceptando la llama del encendedor de Thomas—. Y escuchar menos, claro.

Se sentó displicentemente en el diván y cruzó las piernas.

—Habla, pistolero —invitó.

—Lees los periódicos —sonrió él.

—Por supuesto. Supongo que Norma debe de sentir hacia ti una infinita gratitud.

—No lo niego. Alguien contrató a un pistolero profesional. Yo tuve la suerte de anticiparme al sujeto, eso es todo.

—¿Es eso todo lo que tenías que decirme?

—No, hay algo más, Sheila. ¿Por qué amenazaste a Norma?

Ella se incorporó vivamente, aunque sin abandonar el diván.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No. Lo escuché personalmente. Yo estaba en la casa.

—Ah, vamos, comprendo... —Sheila volvió a recostarse—. ¿Resultó agradable?

—No puedo quejarme. Pero tú le dijiste algo sobre un apaño en ciertos libros de cuentas.

—Es verdad.

—Y la amenazaste.

—Lo admito.

—Sheila, tú le dijiste a Norma que debía dejarme, si no quería que le sucediera algo malo. ¿Qué le iba a suceder?

—Sencillamente, pondría sus trampas al descubierto.

—¿Tienes pruebas?

—Los mismos libros, Mike. El negocio sigue funcionando. Tenemos un gerente general. Periódicamente, nos da cuenta de la marcha de la empresa, eso es todo. Pero se podría solicitar la intervención de un censor jurado de cuentas. La inocencia de Jarvis quedaría así al descubierto... y, por tanto, se probaría la culpabilidad de Norma.

—Con lo cual ella iría a parar a la cárcel.

—Bueno, quizá saldría bien parada... Tiene dinero, contrataría buenos abogados..., pero el escándalo la hundiría, además de las indemnizaciones que, lógicamente, habría de abonar.

—Sheila, no me gustaría ser presumido, pero sí, en cambio, querría saber si amenazaste a Norma por algo más que celos.

—Bueno entonces me sentía un poco furiosa, compréndelo. Luego me he puesto a reflexionar y he llegado a la conclusión de que no valía la pena.

—Es decir, ya no te importo nada —dijo.

—Nada, en absoluto.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Sheila movió la mano en la que tenía el cigarrillo.

—Adelante, hombre, no te reprimas —rió, burlona.

—¿Por qué te acompañó la señora Slattery?

—Hombre, somos muy buenas amigas. Ella comprendió mi problema y dijo que... me echaría una manita.

—Yo diría que también se lo tomó muy en serio, Sheila.

—Hizo su papel, eso es todo.

—Muy bien, no necesito saber más.

Thomas se dirigió hacia la puerta. De pronto, antes de salir, se volvió.

—Has dicho que lees los periódicos.

—Sí.

—Pero no has oído la radio o conectado el televisor.

—No tenía ganas de escuchar tonterías, Mike.

—Sheila, la muerte de Norma Brunner, a consecuencia de un tiro en la nuca, no es ninguna tontería. Ella tomó vuestras amenazas muy en serio y se disponía a abandonar la ciudad, cuando alguien, que la aguardaba escondido en el coche, le pegó un balazo.

La mandíbula inferior de Sheila tembló convulsivamente.

—Mike, no... no digas eso... No es verdad...

Thomas hizo un gesto de asentimiento.

—Lamentablemente, es cierto, Sheila.

—¡Yo no la he matado, te lo juro! —chilló la mujer, lívida de pánico—. Sólo quería asustarla un poco...

—Mucho debiste asustarla, cuando se ha encontrado en su coche el equipaje suficiente como para suponer que pensaba abandonar la ciudad. Y yo no te importaba tanto como para que sintieras celos de ella.

—Espera... —Sheila parecía muy desconcertada—. La verdad es que yo... Bien, Joyce vino a visitarme y me encontró un poco deprimida. Cuando me preguntó si tú tenías algo que ver con mi estado de ánimo, le dije que sí, en parte... Hombre, Mike, tú y yo hemos estado juntos... No pretenderás que me sienta especialmente divertida al enterarme de que estabas con Norma en su casa, la noche en que intentaron matarla...

—Sí, quizá tengas razón. ¿Qué más?

—Joyce me sugirió la idea de asustarla un poco. A fin de cuentas, yo la había consolado cuando murió Jannsen, su prometido.

—Y quería devolverte el favor.

—Norma fue siempre una fresca. Oh, no es que yo sea mucho mejor que ella, pero...

—Norma no sabía nada acerca de nuestras relaciones.

—Entonces, ¿por qué fuiste a su casa?

—Para robarle unas joyas. Soy un ladrón profesional, ¿no lo recuerdas?

—¿Lo conseguiste?

—Eso no importa ahora, Sheila. Pero tú le dijiste que yo te había robado las joyas y, sin embargo, callaste el hecho de que te las había devuelto.

Sheila hizo un gesto de enojo.

—Está bien, no obré correctamente, si tú quieres. Pero no tengo

nada que ver con su muerte —exclamó con gran vehemencia.

—Tú sabías que Norma fue la que arregló los libros, de acuerdo con su esposo, o bien secundada por éste.

—Es cierto. Joyce también lo sabía y me aconsejó que le sacase el asunto a relucir.

—Ah, Joyce lo sabía...

—Todas las viudas lo sabíamos, Mike.

Thomas alzó las cejas.

—No te burles de mí —rezongó.

—Es la pura verdad. Nadie quería que Jarvis entrase a formar parte de la sociedad. Ya había hecho su trabajo y se le había pagado bien, créeme. No sé, puede que no sea una acción honesta, pero... no le queríamos. Bueno, eran los hombres los que no le querían. Mike, esto es un asunto de negocios y, en ocasiones, hay que dejar los sentimientos a un lado.

—Sí, ya veo —contestó él sarcásticamente—. Ahora quiero hacerte un par de preguntas más.

—Dime, Mike.

—¿Por qué los siete importantes hombres de negocios tuvieron que reunirse en una cabaña solitaria, para hablar de sus asuntos, en lugar de hacerlo, por ejemplo, en la sala de juntas de la empresa?

—Se sospechaba que alguien podía haber instalado micrófonos.

—¿Jarvis?

—Tal vez. Se sentía muy despedido y ellos pensaban que podía intentar una acción contra la empresa. La cabaña era un lugar en el que Jarvis no sospecharía se pudiera celebrar la reunión. El acuerdo se tomó mediante contactos individuales, de viva voz. Por tanto, la reunión, en lugar de celebrarse en la sala de juntas, se celebró en la cabaña. Si Jarvis había instalado micrófonos, ya no tenía tiempo de ir allí.

—Comprendo. Pero debía de ser una reunión muy importante...

—Sí, había de por medio un contrato del gobierno, de muchos millones. Aparte de eso, los siete hombres querían estar solos, jugar una partida, beberse unas botellas...

—¿Se llevaron comida?

—Sí. Yo prepararé a mi esposo algunos bocadillos. Las demás, hicieron lo mismo, aproximadamente. Ya no supimos más de ellos, hasta que nos avisaron de la tragedia.

Thomas hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias, eso es todo —dijo.

La señora Regan era una dama de unos cincuenta años, de rostro amable y sereno y de ademanes reposados. Después de servir una copa de jerez a su visitante, dijo:

—No, yo no preparé comida a mi esposo. Dijo que no hacía falta, que los demás llevarían provisiones de sobra. Pero ¿por qué me lo pregunta usted, señor Thomas?

—Señora Regan, sospecho que el envenenamiento no fue accidental —dijo el joven.

Hattie Regan se llevó una mano al pecho.

—Si eso es cierto, el asesino no tiene perdón —murmuró—. Yo amaba intensamente a mi esposo. No puede imaginarse lo que sufrí al conocer la noticia de su muerte...

—Lo cual no le impidió mostrarse de acuerdo cuando ellos decidieron tender una trampa al señor Jarvis.

—Yo protesté, pero ¿qué podía hacer? En los negocios, era mi esposo quién decidía. Había dos o tres que, aun teniendo una participación idéntica a la de los restantes socios, llevaban la voz cantante.

—¿Puedo conocer sus nombres, señora Regan?

—Brunner, Dow, Slattery...

—Muchas gracias, señora.

Hattie Regan era la viuda número seis, según el orden alfabético establecido por Opal. Al abandonar su casa, Thomas sacó una agenda y la consultó brevemente.

Tres viudas habían muerto: Lia Mac Payne, núm. 5; Marylou Amber, núm. 1 y Norma Brunner, núm. 2. Conocía personalmente a Sheila, núm. 3; Joyce, núm. 7 y Hattie Regan, núm. 6. Faltaba la núm. 4, Gerry Knight.

La señora Knight era una mujer de unos cuarenta años, alta, de pecho ampuloso y sólidas caderas. «Todavía con un fuerte atractivo sensual, según para qué gustos», pensó Thomas al verla. Tenía el pelo muy negro y parecía sumamente enérgica.

—De modo que ahora me sale usted con que la muerte de mi esposo y seis más fue un asesinato colectivo —dijo, después de que el visitante hubo expuesto los motivos de su presencia en su casa.

—Cabe esa posibilidad, señora —manifestó Thomas.

—¿Quién es usted? —preguntó Gerry.

—Seguros, señora —dijo el joven con todo desparpajo.

—Ah, comprendo... Pero yo no tuve nada que ver con aquellas muertes. Bastante he padecido, créame.

—Me lo imagino, señora. ¿Estaba usted de acuerdo en que Jarvis saliese de la empresa?

—Sí.

—¿Por qué?

—Era un tipo de una ambición sin límites.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo mi esposo en más de una ocasión.

—Por tanto, aprobó la trampa que se le tendió.

Gerry se encogió de hombros.

—Fue una trampa, de acuerdo, pero si no lo hubieran hecho, él se hubiera apoderado de la sociedad en unos pocos años. Además, se le pagó bien, bajo cuerda, desde luego.

—Señora Knight, ¿por qué fueron a reunirse los siete hombres en la cabaña solitaria?

—Tenían que celebrar una reunión importante y no querían que nadie les escuchase. Sospechaban que podían haberles instalados micrófonos ocultos en la sala de juntas.

—En la cabaña, por tanto, no había ese peligro.

—Al menos, es lo que dijo mi esposo, señor Thomas.

—Se llevaron comida, creo.

—Es cierto. No hay instalación eléctrica y por tanto, no hay frigorífico. Además, su estancia allí iba a durar solamente una tarde y una noche.

—¿A quién pertenece la cabaña, señora?

—A mí. No me gustaba el lugar y por eso no íbamos allí a pasar fines de semana y vacaciones. La teníamos bastante abandonada, hasta cierto punto, claro. Mi esposo fue un par de días antes y la acondicionó un poco. Llevó petróleo para las lámparas y algunas bebidas. También arregló las camas y la poca vajilla que tenemos allí.

—¿Qué comida le preparó usted a su esposo?

—Nada. El solo llevó botellas. Iba a ponerle algunos bocadillos, cuando me llamó por teléfono y dijo que no lo hiciera. Otros ya tenían sus cestas con comida. Mi esposo se sentía muy satisfecho;

dijo que Slattery llevaba una cesta llena de sus famosas hamburguesas.

—¿Cómo?

—Sí, Joyce tenía una habilidad especial para preparar hamburguesas. Yo las he probado más de una vez y estaban riquísimas. Tal vez resulten un poco fuertes, pero son estupendas. Una vez, en broma, claro, le dije que debía patentar su fórmula. ¿Ha hablado usted con la señora Slattery?

—No, todavía no...

—Vaya a visitarla. Pobre chica, tan buena, tan dulce... Sufrió mucho, como yo, y luego cuando ya parecía que iba a encontrar de nuevo la felicidad, le asesinan al prometido...

—Sí, fue una verdadera lástima. Un millón de gracias, señora Knight.

Gerry miró a su visitante con los ojos entornados.

Thomas emprendió una prudente retirada. La señora Knight debía de tener un genio endiablado para algunas cosas, pero en otros aspectos debía de ser muy dulce. «Empalagosa y absorbente», calificó el joven para sí.

Cuando llegaba a la puerta, alguien llamó. Gerry se adelantó a abrir. El recién llegado era un hombre de veintitantos años, de pelo pajizo y ojos muy azules, de aire un tanto delicado y modales llenos de afabilidad.

—Querido, no te esperaba tan pronto —exclamó Gerry, efusivamente—. Te presento al señor Thomas, investigador de seguros. Señor Thomas, éste es Balt Marston, un buen amigo.

—¿Cómo está, señor Marston? —dijo Thomas.

—Hola —contestó el otro con impertinencia—. ¿Molesto, querida?

—Oh, no, en absoluto —dijo Gerry, hecha un tarro de miel—. Él señor Thomas se iba ya.

—Así es —confirmó el interpelado.

—Todas las viudas conocían la trampa que se tendió a tu padre. Sólo una, al parecer, intentó protestar, pero no le sirvió de nada. Las demás estaban de acuerdo. Gerry Knight, incluso, asegura que tu padre se hubiera apoderado de la empresa en unos pocos años. Además, coinciden en que se le pagó bajo cuerda, para que no hubiese escándalo.

Opal escuchó el relato con ojos llenos de indignación.

—Eso es falso. No le dieron un centavo más de lo que le correspondía por un despido legal. Todas ellas mienten...

—Te he contado lo que sé. Yo no entro ni salgo en este asunto. Lo único que me interesa es aclarar los asesinatos.

Ella le miró recelosamente.

—¿Por qué? ¿Qué puede importarte a ti las muertes de siete hombres a los que no llegaste siquiera a conocer?

—Bueno, si el asunto se aclara, las mujeres ricas de la ciudad respirarán aliviadas y se descuidarán. Así podré yo continuar mi oficio.

—No te creo, Mike.

—Como gustes. —Thomas consultó su reloj de pulsera—. Me gustaría llevarte mañana a una excursión al campo.

—Tengo que estudiar la casa de la Regan —se disculpó Opal.

—Yo he estado allí. Ya te daré detalles. Pero supongo que no te importará aplazar el golpe unos cuantos días.

—Si tanto insistes...

—Hace un tiempo estupendo, de modo que puedes llevarte un traje de baño. En el lugar adonde vamos, hay un riachuelo, con una cascada muy bonita y un remanso precioso.

El rostro de Opal se suavizó un tanto.

—Muy bien —accedió—. Hay tiempo de sobra para robar.

—Y para nadar.

—Pero para nada más, saco ambulante de lujuria. ¿Entendido?

Thomas sonrió maliciosamente.

—Te aseguro que me portaré con tanta corrección, que llegarás a dudar incluso de que sea yo mismo el que te ha acompañado a la excursión.

—Por si acaso, procuraré no bajar la guardia en ningún momento —dijo ella.

—Eres una muchacha encantadora. Tendré que dejar el oficio.

—¿Por qué? ¿Has sentido un súbito arrepentimiento?

—Oh, no quiero que tus hijos puedan decir un día que su padre era un ladrón.

Opal se quedó sin habla. Thomas se encaminó hacia la puerta. Al tiempo de salir, dijo con toda desenvoltura:

—Estaré mañana en la puerta de tu casa, a las nueve.

Opal fue a decir algo, pero el joven ya había desaparecido de su vista. Una extraña sonrisa se formó en sus labios.

—Si dejase de robar, tal vez...

CAPÍTULO XII

El coche se paró delante de un edificio de una sola planta, de traza alargada, con porche delantero, cuyo aspecto no parecía demasiado floreciente. Thomas se apeó y fue al maletero, del que sacó una cesta con comida.

—¿Dónde está el río? —preguntó Opal.

—Al otro lado de la loma. Bájate; voy a llevar el coche al otro lado.

La joven se apeó, un tanto desconcertada. Thomas volvió al coche y lo estacionó tras la cabaña. Cuando volvió, se dirigió directamente al edificio, ya con la cesta en la mano.

—¿Quieres entrar?

Opal le miró suspicazmente.

—Apostaría algo a que aquí fue dónde...

—Sí, aquí fue —corroboró él, a la vez que empujaba la puerta.

Había olor a moho en el interior de la cabaña, que se veía amplia, pero muy destartalada. Gerry Knight había tenido razón; el lugar no era bonito, aunque sí adecuado para una reunión sin otros oyentes que los propios interesados. Opal se estremeció al pensar en que allí habían muerto siete hombres, tras una horrible agonía.

—Tal vez un día aparezcan siete espectros pidiendo venganza...

—La venganza, mejor dicho, la justicia, corresponde a los vivos —dijo Thomas sentenciosamente.

De repente, se oyó a lo lejos el ruido del motor de un automóvil. Opal corrió hacia una de las ventanas.

—No te acerques demasiado —aconsejó Thomas.

—Viene alguien —exclamó la chica.

—Ya lo sé.

Opal se volvió, sumamente extrañada. En aquel momento, sin saber por qué, presintió que se acercaba el desenlace del drama.

Una mujer se apeó segundos más tarde del automóvil. Era alta,

rubia, muy elegante y distinguida. Joyce Slattery se encaminó sin vacilar hacia la cabaña.

A lo lejos se veía el polvo de un segundo automóvil, que también rodaba en dirección al Tugar. Joyce, sin embargo, no pareció haberlo advertido y abrió la puerta.

—Hola, señora Slattery —saludó Thomas.

Joyce se quedó parada en el umbral, con su bolso pegado al pecho.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó secamente.

—La esperábamos. Sabíamos que iba a venir.

—¿Sabían que yo...?

—Ha pasado un año, pero todavía podrían encontrarse pruebas de que los siete hombres que murieron aquí fueron asesinados.

El rostro de Joyce se puso gris.

—Fue una intoxicación alimenticia —exclamó.

—Nadie lo duda. Sí, comieron alimentos en malas condiciones, pero estropeados deliberadamente por su amante, Mark Jannsen, un notable químico, que supo fabricar la tomaina que usted puso en sus famosas hamburguesas. El sabor fuerte de la carne picada y las especias ocultó por completo el sabor del tóxico. Pero el señor Jannsen no dejó aquí ningún documento en el que relataba el suceso y la comprometía a usted gravemente. Todo eso es una invención mía, apoyada por la llamada de una inexistente hermana de Jannsen, quien le exigió dinero, a cambio de los documentos que estaban escondidos en la cabaña. No hay tales documentos y la llamada que la ha atraído a este lugar fue hecha por la señora Regan, a indicación mía.

Joyce irguió el busto.

—Entonces, ¿cómo probar mi culpabilidad? —dijo, desafiante.

—Se probará, señora Slattery, descuide. Se probará, cuando se le encuentre la pistola con la que mató a Jannsen, de quien ya se había haziado, probablemente porque no era el hombre con quién había soñado y por el que mató a siete hombres más. Lo que sí parece cierto es que Jannsen, al darse cuenta de su desvío, la amenazó y usted decidió suprimirlo.

»Lia Mac Payne, por decirlo con palabras corrientes, se “olió” la verdad y le dijo algo. Fue su sentencia de muerte, como también la de Marylou Amber. Tanto Lia como Marylou sabían más de lo

conveniente, por lo que usted no dudó en suprimirlas fríamente.

»Norma presintió la verdad. Ella le había hablado a usted en cierta ocasión de Chad Wooker, a quien había conocido por mediación de Sheila. Norma fue muy discreta al respecto conmigo, pero usted decidió que debía morir, aunque otro ejecutaría el crimen, a fin de despistar a la policía. Chad Wooker fue quien la puso a usted en contacto con Nick Foran, pero Wooker era un tipo a quien le gustaba vivir de las mujeres. Usted no quiso consentirlo y, de paso que suprimía un estorbo, evitaba también que un día pudiera delatarla, diciendo que la había hecho entrar en tratos con Foran. Es preciso reconocer su habilidad y sangre fría, pero una persona no puede seguir matando impunemente, sin que, tarde o temprano, caiga en manos de la justicia.

Joyce sonrió desdeñosamente.

—Puede que sea cierto todo lo que ha dicho, pero, insisto, ¿cómo demostrarlo? Una pistola no es suficiente...

—Eso se verá en el momento del juicio, señora Slattery. Todavía le diré más. Usted sabía, por conversaciones con algunas de sus amigas, Sheila Dow, entre otras, que no les desagradaría una viudez muy oportuna, lo cual las dejaría libres y con bastante dinero. Aparte del negocio, están los seguros de vida, muy importantes todos ellos. Estoy convencido de que más de una de sus amigas se sintió muy aliviada al quedarse viuda, aunque otras no quisieron participar en el juego. Éstas, pese a las apariencias, fueron las que usted sentenció a muerte. Y todo por un hombre del que luego se hastió.

Joyce apretó los labios.

—Casi todas estaban de acuerdo en librarse de sus esposos —dijo furiosamente—. Yo fui la que hizo todo y ellas quedaban libres de sospechas. No, no era justo, señor Thomas.

El joven se encogió de hombros.

—Eso ya no es cuenta mía, señora Slattery —contestó.

De pronto, con la mano izquierda, tocó la cesta de la comida.

—Todo cuanto se ha hablado, ha sido convenientemente grabado —añadió.

Un brillo demencial apareció en los ojos de Joyce. De súbito, abrió el bolso y sacó un revólver, prolongado en un silenciador.

—No lo repetirá a nadie —dijo.

En el mismo instante sonó un seco estampido.

Joyce se tambaleó, con el bello rostro deformado por una mueca de furor insuperable. Lentamente, se volvió hacia la puerta y levantó la mano armada, pero, de súbito, se le doblaron las rodillas y cayó de bruces, atravesada sobre el umbral. En el centro de su espalda, una mancha roja, a la altura del corazón, se extendía rápidamente.

Hattie Regan se detuvo a un paso de la cabeza de la muerta.

—Puede detenerme, señor Thomas —dijo—. Yo amaba a mi marido y siempre creí que su muerte fue algo accidental. Pero no podía tolerar que esta mujer pagase sólo con unos años de cárcel un crimen tan espantoso. Aquí tiene mi pistola.

Thomas meneó la cabeza. Sacó un pañuelo y cogió la pistola que le ofrecía Hattie.

—Señora Regan, lo que dijo Joyce ha sido grabado, insisto. Nadie la acusará por haber evitado que esa mujer cometiera otras dos muertes. Habrá una investigación previa, pero no se le formularán cargos.

Entró en la cabaña, buscó una manta y cubrió el cuerpo inerte de la señora Slattey. Opal estaba ya fuera, con Hattie.

Thomas consultó su reloj.

—No creo que el teniente Cabbler tarde ya mucho —dijo.

—Tú me has engañado desde el principio —exclamó Opal acusadoramente, aquella misma noche.

—Lo admito.

—No eres ladrón.

—Pero sé robar muy bien.

—Eres un sinvergüenza... ¿Qué va a ser de Sheila Dow ahora?

Thomas se encogió de hombros.

—No se le puede culpar de nada. Quizá sabía lo que iba a pasar, quizá lo ignoraba; es posible que, como dijo Joyce, se sintiese muy aliviada al quedarse viuda, pero ella no tuvo participación alguna en los crímenes.

—Sin embargo, tú llegaste a creerla culpable en algún momento.

—Confieso que sí —reconoció Thomas—. Joyce actuó muy hábilmente, procurando que Sheila estuviese siempre en un primer plano. Pero repito que es inocente de todo.

—Esa mujer era un monstruo. ¡Matar de una sola vez a siete

hombres!

—Algunas de las viudas, ya lo sabes, estaban de acuerdo, aunque sólo fuese implícitamente. Pero Joyce, pese a su aspecto casi angelical, lo hizo por su propia conveniencia. Lo que sucede es que Janssen la decepcionó. No era el hombre que ella esperaba.

—Y de ahí vino la segunda racha de crímenes.

—Exactamente.

—Bien, ya me has dicho que la policía de esta ciudad te contrató especialmente, porque era un caso en el que estaban implicadas personas de gran relieve, con muchos conocimientos y que, forzosamente, podían recelar de la actuación de agentes a quienes conocían sobradamente. Fue una buena idea traerte desde Chicago, lo reconozco, pero ¿por qué robar?

—Bien, se sospechaba de Holmes como comprador de objetos robados, pero es un hombre muy astuto y jamás se le pudo pillar en falta. Yo logré ganarme su confianza... y, de paso, conocía a las viudas, de las que todas, o casi todas, se sabía eran muy aficionadas a las joyas...

—Si yo no hubiera intervenido la primera vez, tú le habrías dejado las joyas de Sheila...

—Ésa hubiera sido la prueba para arrestarle. Ahora hemos tenido suficiente con el anillo que me regaló Norma.

—¿Qué me dices del dinero que te prestó? Era el pago de otras joyas robadas...

Thomas se acarició la mandíbula.

—Me las prestaron mamá y mi hermana. Y no creas que no me costó mucho convencerlas. Pero las hemos recuperado todas. Oye, te gustará conocer a mi familia. Mamá es muy simpática y mi hermana tiene un esposo estupendo y dos niños encantadores...

—Vamos, Mike, no me vengas con sobornos... sentimentales.

—Estoy hablando en serio. Tengo que volverme a Chicago. Y no me gustaría hacer el viaje solo.

De pronto, sacó algo del bolsillo y lo puso en el anular de la chica.

—Es la sortija de pedida de mamá —añadió, con brillante sonrisa—. A ella no le importará que la lleve su nuera.

Los ojos de Opal se humedecieron.

—Oh, Mike... Esto significa...

—Significa que nos vamos a casar. Y el padre de tus hijos no será un ladrón. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó ella.

FIN



buenas noches

¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION,
LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

¡PUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE
A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY;
LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!

good night



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

Precio en España: 25 ptas.

